
LA BATALLA DE AYACUCHO

Después de Junín

Destruída la ensoberbecida caballería española en la gloriosa acción de Junín el 6 de Agosto de 1824 y privado el ejército realista de elemento tan importante en aquella época para la decisión de una batalla, el general Canterac, comandante en jefe de aquel ejército, reconociendo la inferioridad en que había quedado respecto al patriota, orgulloso y estimulado con tan notable victoria, no se aventuró a librar un combate decisivo en que se rifase la suerte del Perú y resolvió emprender la retirada hacia el Cuzco, base de operaciones del Ejército real, para reorganizar allí sus fuerzas, tratando, al mismo tiempo, de eludir la persecución de los patriotas. Tanto Canterac como el Libertador demoraban la acción decisiva confiando recibir los esfuerzos que esperaban: aquél, los que preparaba el virrey; Bolívar, los que había pedido a Guayaquil. Mientras tanto, ambos ejércitos seguían sus movimientos hacia el Este.

Durante esta marcha ocurrió un incidente desagradable que puso al ejército independiente al borde de perder la valiosa colaboración del más tarde vencedor en Ayacucho, el general Antonio José de Sucre. Y fué que con el sincero propósito de organizar los servicios de retaguardia del ejército, que Bolívar consideraba en peligro a causa de la destrucción sistemática realizada por los españoles en su reti.

rada para privar de todo recurso a sus perseguidores, ordenó al general Sucre que fuese a la retaguardia a atender a la administración militar, ordenar la marcha de los hospitales, etc. Sucre cumplió la comisión, pero una vez evacuada ésta, dirigió un oficio al Libertador, fechado en Jauja el 24 de Agosto de 1824, en que se quejaba amargamente de que se le trasladara de la cabeza a la cola del ejército, y pedía su separación. "Convendrá Ud., mi general, decía a Bolívar, en que un hombre que carezca de la delicadeza necesaria para servir su destino, no debe obtenerlo, y menos vivir en la sociedad, que guían el honor y la gloria. Yo he sido separado de la cabeza del ejército para ejecutar una comisión que en cualquier parte se confía cuando más a un ayudante general, y enviado a retaguardia al tiempo en que se marchaba sobre el enemigo; por consiguiente, se me ha dado públicamente el testimonio de un concepto incapaz en las operaciones activas, y se ha autorizado a mis compañeros para reputarme como un imbécil o un inútil".

Sorprendido Bolívar con la actitud de Sucre, por quien tenía verdadero cariño y estimación, le contestó su carta en términos que dejaron satisfecha la susceptibilidad del herido general, anunciándole al mismo tiempo su propósito de volver a la costa y de dejarle el mando en jefe del Ejército Unido, resolución que había adoptado, decía la carta, desde antes de recibir la que le había dirigido Sucre.

Poco después surgió otro incidente entre ambos generales: en vista de la precipitación de la marcha de los realistas y de las numerosas deserciones que sufrían sus tropas, Bolívar quería apresurar el avance sobre el Cuzco y derrotar allí a los españoles; Sucre era de parecer contrario. Triunfó el criterio de éste y ya veremos la dirección que dió a la campaña.

La derrota infligida por Valdés al rebelde Olañeta en La Leva el 17 de Agosto de 1824 y que el célebre general anunciaba al virrey con estas palabras: "El Dios de los Ejércitos me acaba de conceder una victoria completa sobre

la división del infame Olañeta, dejándola reducida a la nada, y las tropas de mi mando en aptitud de acudir a cualesquiera otros puntos en que puedan ser necesarias" vino a cambiar la situación. Valdés recibió oportuno aviso del desastre de Junín y la orden de volver en el acto al Cuzco, y realizando aquella famosa marcha de 300 leguas en treinta días, tan famosa en los anales militares de Sud América, hacía su entrada en esa ciudad el 6 de Octubre. Se componía la división de los batallones primero y segundo de Gerona, segundo del Imperial Alejandro, primero del Primer Regimiento, segundo de Fernando VII, del regimiento de caballería Granaderos de la Guardia, que constaba de cuatro escuadrones, y del escuadrón de Dragones del Rey; más las guarniciones de las ciudades de Oruro, Cochabamba y La Paz, que formaban cuerpos sueltos.

Con la llegada de esta fuerte división, el virrey pensó en cambiar de táctica, pasando a la ofensiva; la situación era favorable. Fuerzas navales españolas superiores a las de los patriotas habían hecho su aparición en la costa y amenazaban cortar las comunicaciones marítimas entre el Perú y Colombia. Conocedor Bolívar de lo que ocurría en el Cuzco y en la costa, resolvió activar la venida de las tropas colombianas, tanto tiempo separadas, y tomar disposiciones para destruir los buques enemigos. Ambas cosas requerían la presencia del Libertador en Lima, y adoptando esa resolución, se puso en marcha, dejando el ejército encargado a Sucre, con amplísimos poderes para dirigir la campaña.

Mientras tanto, ambos ejércitos se preparaban para la campaña final. Sucre reforzaba sus tropas en Andahuailas; La Serna reconcentraba las suyas en el Cuzco. El ejército del Norte, o sea el que obedecía a Canterac se instruía y disciplinaba en los alrededores del Cuzco la caballería y artillería, y la infantería en Paruro, a ocho leguas de aquella ciudad. Este ejército se componía de los siguientes cuerpos: Primero del Infante Don Carlos, primero del Imperial Alejandro, batallón Burgos, batallón de Cantabria, batallón

de Castro, segundo del Primer Regimiento, batallón de Huamanga, regimiento de caballería Dragones de la Unión, con dos escuadrones, escuadrón Dragones del Perú, escuadrón Húsares de Fernando VII y escuadrón de Granaderos de San Carlos.

Para reparar el desastre de Junín, el virrey reorganizó su caballería, elevándola a 1,700 hombres, bien montada y equipada, pero sin aquella arrogancia y aquel dictado de invencible que le arrebataron en Junín los Húsares del Perú. La artillería se componía de 16 piezas de campaña.

El virrey abre la campaña

Resuelto el virrey a marchar contra las huestas del Libertador, abrió la campaña el 16 de Octubre al frente de 11,400 infantes y 1,600 caballos, con 16 piezas de artillería, o sea un total de 13,060 hombres. La Serna dividió su ejército en cuatro divisiones: la de vanguardia, al mando del general don Jerónimo Valdés, con cuatro batallones; la primera división, con cinco batallones comandada por el mariscal de campo don Juan Antonio Monet; la segunda división, con otros cinco batallones, al mando del mariscal de campo don Alejandro González Villalobos. Mandaba la caballería, compuesta de once escuadrones, el brigadier don Valentín Ferraz, y la artillería, el brigadier don Fernando Cacho.

Al tener noticia de este movimiento, Sucre levantó sus tiendas, cruzó el río Pachachaca y fué a situarse a la orilla occidental, en el lugar denominado Pichirhua; las posiciones elegidas por el joven general eran formidables y el virrey no osó efectuar un ataque de frente. Su propósito era amenazar a los patriotas por el flanco derecho y procurar interponerse entre éstos y la capital, coriándoles las comunicaciones a la altura de Huamanga. En consecuencia, siguió la ruta de Parcos, Pacamarca, Colcamarca, Quiñota, Jaquira y las alturas de Mámara, a donde llegó el 31 del mes indicado.

Sucre comenzó entonces a retroceder hasta Andahuailas, donde permaneció cinco días, tratando de descubrir el plan de los realistas. Cuando se convenció de que lo que éstos buscaban era caer sobre Huamanga, el general en jefe resolvió moverse detrás de los españoles y presentarles batalla.

Las tropas realistas tenían cierta superioridad sobre las patriotas debido a la costumbre de maniobrar en las alturas y a la preparación de sus jefes y oficiales en la guerra de montañas, por lo cual sus descubiertas entraron a Huamanga antes de que los patriotas hubieran podido llegar a ese lugar. Para no verse cortado, Sucre emprendió, pues, la retirada, que tanta fama le ha dado. A decir verdad, aquella guerra de maniobras, que duró apenas unas pocas semanas, demostró que los dos jefes que la dirigían eran dignos uno del otro. "Un día, dice Villanueva, Sucre hizo como Julio César: indicó la ruta que cada división debía seguir, fijó el punto donde debían reunirse dentro de cierto número de días, y desapareció. Consternados los generales a los seis días por no saber su paradero, y temiendo que pudiera haber caído prisionero en manos de alguna partida realista, se congregaron, muy hondamente preocupados, en una cañada, para adoptar alguna resolución, considerándose perdidos por entre aquellos montes y alturas que no tenían término; y cuando iban ya a escoger a uno de ellos para que guiara al ejército, se oyó el galope de un piquete de caballería. Era la media noche. El general Sucre conducido por buenos prácticos había venido siguiendo por entre veredas la marcha de los cuerpos, al mismo tiempo que había reconocido al enemigo personalmente, con el cuidado y atrevimiento de que sólo son capaces los expertos capitanes. Llega en breve, se desmonta, cae en los brazos de sus generales, y sin pensar en comer ni descansar, les dá razón de las posiciones, fuerzas y movimientos del enemigo; les hace saber que está a tres leguas de distancia, les indica las precauciones que han de tomarse, y marca el camino por donde ha de seguirse inmediatamente; advirtiéndoles lo que había, por lo que era menester prepararse para evitar un encuentro en malas posi-

ciones. Los generales quedaron asombrados, manifestándole sus inquietudes; pero reanimados con su presencia, le estrechan las manos, sintiéndose satisfechos y orgullosos de ser mandados por un caudillo como él, ilustre por tan eminentes aptitudes".

En esta lucha táctica, los ejércitos rivales llegaron unas veces a distanciarse algunas leguas uno de otro, y en otras a estar tan cercanos, que hasta se percibían las banderas de sus respectivos campamentos. Así aconteció, por ejemplo, el 21 de Noviembre, en que el realista estaba en Concepción y el patriota en Uripa, donde ambos permanecieron, en sus respectivos lugares, hasta el 24, librando diariamente combates de avanzadas, con resultados siempre favorables para los independientes.

El 24 de Noviembre movió Sucre sus divisiones, ocupando las alturas de Bombón. La Serna reconoció las posiciones de su contrario y las halló formidables, por lo cual contramarchó por Focomarca, Vilcashuaman y Cochas para caer a las alturas de Carhuanca.

Ese mismo día por la tarde la vanguardia española se había separado del grueso del ejército y había realizado un movimiento sobre el río Pampas por el camino real de Huamanga al Cuzco, con el objeto, a lo que parece, de ocupar el puente y guardarlo para facilitar el paso del ejército, pero el puente había sido incendiado por los patriotas, viéndose obligados los realistas a pasar la noche en la orilla del río. Reunido el virrey a la vanguardia, al amanecer del 25 levantó el campo y fué a buscar un vado para pasar el río a legua y media de distancia, camino abajo. A las 11 de la mañana, los realistas pudieron pasar el Pampas y continuaron la marcha hacia la altura de Bombón.

Por espacio de tres días volvieron a quedar ambos ejércitos uno frente al otro, con el valle de Pumacocha y con el río Pampas por medio.

Debido a una hábil maniobra, La Serna obligó a

Sucre a que abandonara las alturas de Bombón, pero le falló el plan de atacarlo y destruirlo por los desfiladeros o al cruzar el Pampas. Esto ocurrió en la noche del primero de Diciembre.

Matará, Colpahuaico y Tambo Cangallo

El 2 del mismo mes los dos ejércitos volvieron a quedar frente a frente en Matará. Sucre resolvió aceptar la batalla y tendió su línea y lanzó al frente algunas guerrillas; pero La Serna esquivó la acción a causa de la ausencia de la división de Valdés. Las posiciones de los realistas eran buenas; no lo eran las de los patriotas, así, Sucre, reflexionando un poco, resolvió salir el día siguiente de Matará y seguir a Tambo Cangallo. La jornada era sumamente peligrosa, pues había que cruzar el desfiladero de Colpahuaico, que se prestaba para una sorpresa.

Los realistas conocían admirablemente el terreno y trataron de aprovechar esta veneaja; en efecto, La Serna hizo durante la noche del 2 una marcha oculta y antes de que despuntase el alba, tenían tendidos a lo largo del desfiladero cinco batallones de infantería y cuatro escuadrones de caballería. La situación de Sucre no podía ser más difícil; era imposible contramarchar porque tenía a los realistas a la espalda: quedarse allí, era también imposible, porque no tenía que dar de comer a las tropas; no había sino un camino que seguir, continuar la retirada arrojando todos los peligros, por grandes que ellos fuesen. La incertidumbre y la congoja aumentaron en el campo patriota debido a la falta de informaciones sobre la situación del enemigo; todos los espías despachados para reconocer el paso y observar las posiciones de los realistas, habían sido tomados por éstos. Había que escapar pronto de esa trampa y Sucre, resuelto a salvar el ejército "mandó en seguida desfilarse a la derecha, bajar a la quebrada con prontitud, y atravesar

intrépidamente aquel paso horroroso, que le recordaba el desfiladero de las Termópilas”.

“Con el sable desenvainado—dice Villanueva—pasó a la cabeza de su división el general Córdoba, sin ningún tropiezo, y distribuyó del otro lado sus compañías de cazadores por las lomas, para observar al enemigo. Pero no bien hubo bajado el ejército del Perú al paso difícil, fué bruscamente atacado por los batallones ocultos en lo escabroso del desfiladero. Los cazadores pelearon bravamente, y la división, batiéndose con su experto jefe a la cabeza general La Mar, que la llevaba en orden por medio de las balas, alcanzó la orilla opuesta de la quebrada, habiendo dejado apenas en el barranco algunos muertos, pues heroicamente se llevó en los hombros a todos sus heridos”.

“Faltaba pasar la otra división mandada por el intrépido general Jacinto Lara, con la caballería, el parque, los equipajes, el hospital, las madrinas de caballos y la artillería. Tan pronto como acabó de pasar la división peruana, se atravesó en la quebrada la división Valdés con toda su masa de fuerza, para partir en dos el ejército de Sucre. El fuego se encendió vivamente de uno y otro lado, pues al ver Sucre comprometido el resto del ejército, tomó posiciones al norte del barranco, y empeñó algunos batallones contra los cazadores españoles, que pretendían trepar a las alturas, y de las cuales caían al fondo de los despeñaderos muertos y heridos. Mientras de aquel lado contenían Córdoba y La Mar la embestida de los realistas, el general Lara, tan caviloso como valiente, guió a la derecha con su división y con los 1,100 caballos del general Miller para salvar la quebrada más abajo, por un paso descubierto por este batallador inglés, tan brioso como noble amigo de Colombia”.

El batallón Rifles, denodado como siempre, entró a pelear por el paso principal en una desventajosa posición. A pie firme, como si cada soldado fuera un Leónidas, sin dar un paso atrás, hizo frente a todo el ejército enemigo, como la Legión Británica en Carabobo, para dar tiempo a que

desfilase la caballería, el parque, el hospital y los cañones por aquel infernal precipicio y el valle de Chonta”.

“Temiendo el general Lara que arrollasen este batallón, le reforzó con el Vargas, mientras el Vencedor abría sus fuegos a la derecha contra un batallón realista que se empeñaba en estorbar en el valle el desfile del resto del ejército”.

El fuego se sostuvo en la retaguardia durante tres horas y media, hasta el obscurecer en que los españoles hicieron replegar sus cazadores. El general Lara, siempre impávido, con el sable al hombro, iba y venía para apresurar la retirada; en medio de las descargas se oía una tremenda voz mandando estrechar las filas para conservarlas en orden; animaba a los soldados, ayudaba a los retrasados; soltaba de uno y otro lado guerrillas de tiradores para proteger sus movimientos; hacía recoger los heridos, los fusiles y las cargas de parque para dejar los menos trofeos al enemigo; y atento a todo pudo llegar con sus reliquias, a las siete de la noche, a acamparse media legua más atrás de las otras divisiones, Hazaña brillantísima, digna de rememorarse, porque con ella salvó Lara el ejército, salvando una división, la caballería y el parque.

Las pérdidas sufridas por los patriotas en esta desgraciada acción fueron sensibles y consistieron en algo más de 300 muertos, 93 heridos, un cañón de los dos únicos que les quedaban, la caja militar y abundante parque.

Como se habrá observado, el escritor arriba transcrito, trata de ensalzar al general Lara y convertirlo en el héroe de la jornada; evidentemente Lara era un valiente a toda prueba y un militar experimentado, con brillante hoja de servicios, pero lo que contribuyó a salvar la división de su total ruina, fué, en primer término, el vado tan providencialmente descubierto por Miller más abajo de la quebrada, y en segundo, la bravura y sangre fría del coronel don Trinidad Morán y su cuerpo, el batallón Vargas, que contuvo el desorden y dió tiempo a que se reorganizasen los demás cuerpos de la división.

He aquí una versión española sobre esta célebre acción, tomada del "Diario de la última campaña del Ejército Español en el Perú en 1824", etc. por D. Bernardo F. Escudero:

"Al amanecer el 3 se presentó en nuestro campo un enviado del general Canterac (el comandante Arguedas) para participar a Valdés desde los altos de Ocos, que tenía al enemigo a la vista a menos de media legua de distancia en el tambo de Matará, camino de Huamanga. Al oír esa relación ordenó que le trajeran todos los guías de la guardia de prevención y que viniera el párroco; examinó a todos por largo rato y de resultas de los datos que adquirió, dispuso que su segundo se pusiera en marcha por tal parte, que hiciera alto a la legua de allí y que tomara toda clase de precauciones para que no pudiera descubrir su movimiento el enemigo. Inmediatamente después montó a caballo y haciéndose acompañar por sus ayudantes, corrió a verse con el virrey y el general Canterac, acampados a la legua y media. Haría dos horas que se había reunido a ellos cuando empezó a observar que el enemigo se ponía en movimiento por el camino en Huamanga. No quería otra cosa al parecer el general Valdés; montó de nuevo diciendo de manera que todos le oyeran "hoy no se me escaparán, los destrozaré antes de obscurecer". Marchó, en efecto, a la carrera a ponerse al frente de la vanguardia colocada en la falda trasera de una montaña que presentaba su frente al enemigo en marcha y a corta distancia, lo cual equivalía a estar emboscado. A menos de media legua del punto que ocupaba la división, toma aquella eminencia una dirección casi perpendicular y siempre disminuyendo de altura a la que seguía el enemigo, quien tenía que subirla para bajar luego a la profunda quebrada que lleva el nombre de Matará, de la cual había de salir por una nueva subida de media legua de desfiladero. El general Valdés se fué acercando sin ser visto al punto de paso preciso para el enemigo, y cuando creyó que su centro se hallaba ya sobre la altura, echó sobre él cuatro compañías de cazadores a las órdenes del intrépido comandante Manriques, hijo del país, sostenidas por el batallón Cantabria

mandado por don Antonio Tur, valenciano. La fuerza enemiga que estaba verificando su paso en aquel momento era un batallón colombiano llamado "Rifles", porque usaba esa arma, mandado por un inglés que halló allí la muerte (el mayor Duchbury). Derrotado ese batallón completamente y dueño ya por lo mismo el general Valdés del paso por la loma, quedó el enemigo cortado en dos mitades. Dejando de tener en cuenta para nada la mitad de retaguardia convencido de que le daría el golpe de gracia quien venía tras de ella, continuó el general Valdés la persecución de la vanguardia, y para no desmentir su sistema ordenó que los cazadores con Cantabria siempre en reserva emprendieran el flanqueo por la derecha de la subida fuera de camino y terreno muy montañoso mientras él la iba hostilizando por el mismo camino. Serían las cuatro y media de la tarde. A las seis, próximos a coronar nuestros cazadores un movimiento envolvente, fueron recibidos por el fuego graneado bastante bien sostenido de un batallón colombiano y apercibiéndolo el general Valdés, ya que no podía protegerlos directamente, forzó el ataque por su parte a fin de evitar que cayeran más fuerzas enemigas sobre ellos, como lo consiguió, en efecto. Tal era en aquellos momentos la situación de la vanguardia cuando empezaron a oírse las cornetas del cuartel general tocando retirada, pero como el general Valdés no lo había secundado, los cazadores continuaban su fuego ganando terreno: hasta que después de repetido en el cuartel general le oyeron con la señal de vanguardia. Se obedeció, pues, no sin marcado disgusto hasta contra el mismo general Valdés por su notoria debilidad al resignarse a tocar en el momento en que él sólo iba a decidir la campaña".

Otro militar español, el capitán don José Sepúlveda, inculpa también en el DIARIO DE LA ULTIMA CAMPAÑA EN EL PERÚ EN 1824, a los jefes del ejército por no haber destruido en aquel día completamente a los patriotas. "El virrey o Canterac, dice el citado militar, el que de los dos mandase, debió, a mi parecer, hacer marchar de frente sobre los enemigos las dos divisiones de infantería y los 1,600 caballos, pues

el resultado no podía ser dudoso. Los enemigos tenían que pasar en desfilada por el camino que a más de un cuarto de legua estaba dominado por los batallones de la vanguardia; era físicamente imposible que pudiesen marchar unidos en su desfilada, ni hacer frente a los que por retaguardia debían a su salvo tomarles de la mochila. Este lance es el que debió señalar el general Canterac para vengarse del contraste de Junín. El general Valdés, que no tenía que hacer más que una marcha de media legua con rapidez para asegurarle al rey la posesión del Perú, empezó su marcha a las diez y media de la mañana y a las cinco de la tarde la concluyó. En altos repetidos de media hora después de caminar 200 pasos, entretuvo el día”.

“El ejército que debió marchar por el llano para coronarse de laureles, siguió el movimiento de la vanguardia, y a las cinco de la tarde, cuando los enemigos se habían situado al otro lado de la barranca con casi toda su fuerza, llegó el general Valdés sobre el camino y no halló sino dos batallones en la desfilada, que fueron deshechos a la bayoneta por uno nuestro. La caballería enemiga se dispersó completamente, abandonando caballos y armas en el mayor desorden y dejando en nuestro poder todas las municiones, equipajes y una de las dos piezas de cañón que tenían, y hubiesen dejado hasta la existencia todos ellos si hubiese habido más interés por los derechos del rey y menos filantropía en nuestros generales. En la noche campó el ejército a la vista del enemigo, y no hubo novedad”.

El juicio de este militar por lo que hace a la actitud de Valdés es injusto, como hemos visto por las anteriores relaciones, y fué refutado por varias autoridades militares de la Península.

El 4 de Diciembre descendió Sucre a la pampa de Tambo Cangallo y tendió su línea de batalla invitando a los realistas a la acción, pero éstos eludieron el reto y siguieron su marcha; su plan era evidentemente cortar al enemigo la retirada a la costa, encerrándolo en una serie de desfiladeros que forman el camino y donde creían destruirlo fácilmente.

Hacia dos días que los patriotas no comían; la caballería estaba en el peor estado posible, sin herraduras, despeada y en cuanto a la tropa de a pie, necesitaba urgentemente reposo, pues su actividad era constante; en el día caminando y combatiendo y en la noche, en vela, para evitar las sorpresas. Aumentaba los padecimientos del ejército la pérdida de los equipajes, caídos unos en poder del enemigo en el curso de las acciones de la retirada, como en Chincheros, Matará y Colpahuaco, y otros robados por los indios, que al amparo de las armas realistas merodeaban al alrededor del Ejército Unido.

“Muchos pueblos de la provincia de Huancavelica, agrega Villanueva, a donde había pensado Sucre retirarse, se sublevaron contra los patriotas, y guerrillas enviadas por el virrey destruyeron los puentes de Huarpa y Mayog é inutilizaran los caminos. Las bajas eran cada día mayores; pues a la fecha se contaban de menos mil doscientos hombres y las esperanzas de auxilios se habían completamente desvanecido, cerradas como estaban las comunicaciones con el cuartel general del Libertador”.

Para salir de la ratonera en que estaba metido, Sucre ideó y puso en práctica un cambio rápido de línea de operaciones; mediante una marcha nocturna silenciosa y bien organizada, y con el concurso de excelentes guías, cruzó la quebrada por el fondo del abismo y remontó las altas cumbres del lado opuesto. Cuando el sol del nuevo día iluminó aquellas abruptas serranías, con gran sorpresa del virrey, el ejército patriota, que La Serna juzgaba ya tener en sus manos, se hallaba a cinco léguas de distancia, y lo que es más, en buenas posiciones. Los realistas se pusieron luego en persecución del Ejército Libertador y al caer la tarde llegaban a la vista de éste, que estaba acampado en Acos Vinchos. En la noche del 5, los dos ejércitos volvieron, pues, a quedar uno frente al otro, teniendo el abismo de la infranqueable quebrada por medio.

El 6 ambos ejércitos reanudaron la marcha, uno para-

lelo al otro. El 7, al despuntar el día, el patriota reanudó la marcha hacia el pueblo de Quinoa, al Este de la actual ciudad de Ayacucho, denominada entonces Huamanga, acampando en la pampa que queda en la parte inferior de la población; las posiciones eran buenas y el ejército necesitaba descanso, de suerte que Sucre resolvió esperar el resultado de los movimientos del ejército realista; el cual tuvo que hacer un rodeo de catorce leguas para poder atravesar la quebrada y entrar nuevamente en contacto con los patriotas.

Antes de la batalla

En la mañana del 8 de Diciembre, ambos ejércitos estaban a la vista uno del otro, separados únicamente por una quebrada profunda. Los realistas no quisieron franquearla bajo el fuego de los patriotas, y resolvieron ir a buscar las cabeceras, de suerte que, realizado el rodeo, en la tarde de ese día quedaban acampados en la cuesta del Kunturkunka, desde donde se dominaba todo el campo de Ayacucho, donde los esperaban los patriotas.

Sucre, La Mar y algunos otros jefes y oficiales desde el campo patriota estuvieron durante largo rato observando con los anteojos los movimientos de los realistas, calculando sus fuerzas y comentando el resultado de aquel movimiento. El general La Mar, que, como se sabe, había militado con los realistas algún tiempo "y que los conocía muy de cerca", dice López, después de haber hecho varias observaciones, nos dijo: "El virrey ha tenido miedo de comprometer su ejército en el paso de la cañada, y por no atravesarla a nuestra vista, se ha subido a la cumbre para desca-bezarla en su nacimiento, y descender sobre nosotros por aquí (señalando con el dedo el punto del cerro más inmediato a nuestro campo), porque su táctica se ha fundado siempre en atacar a sus adversarios desde alguna altura, y rara vez se ha presentado en campo raso. Hora y media después se realizó este juicio".

A las cinco de la tarde los españoles en masa empezaron a descender el cerro por el mismo lugar que había indicado La Mar, y sin detenerse hasta llegar a la falda, tomaron una posición desde la cual quedaba dominado todo el campo de los independientes; emplazaron rápidamente su artillería volante y luego abrieron el fuego durante media hora, al que ordenó contestar el general Sucre con el único cañón que había quedado después del desastre de Colpahuaco.

A fin de tener desvelado al ejército español, haciéndole pasar la noche con el arma al brazo y que al día siguiente estuviesen los soldados enemigos cansados por el insomnio, Sucre ideó una estratagema y ordenó al general Córdoba que la pusiese en ejecución. En efecto, poco después de las ocho de la noche, este jefe recogió todas las bandas de músicos y de guerra de los cuerpos, las colocó en diversos sitios y les previno que a una señal de su corneta de órdenes tocasen ataque y marchasen hacia la línea enemiga; delante de las bandas colocó unas líneas de tiradores con el encargo de abrir el fuego granado contra el campo español y de retirarse cuando se les diese la orden. Los cuerpos recibieron encargo de no moverse, aun cuando el enemigo tirotease el campo. A las once la corneta de órdenes hizo la señal, las líneas de tiradores abrieron el fuego, mientras las bandas tocaban ataque y los tambores hacía un ruido infernal. Grande fué la alarma y confusión en el campo realista; creyeron los españoles que les venía encima todo el Ejército Libertador, y en la sorpresa de éste, para ellos, ataque general, se les dispersó alguna gente.

La batalla

La aurora del nuevo día fué saludada con delirante alegría por ambos ejércitos: dianas, salvas de artillería y vivas de ambas partes. Era ya demasiado larga la guerra y había sido demasiado dura la última campaña para que realistas y patriotas no ansiasen su fin.

El terreno donde se iba a jugar la suerte de un mundo está descrito por el coronel López, ayudante que fué del Libertador y uno de los jefes del estado mayor del Ejército Unido de Ayacucho.

“Estábamos viendo, palpando con los ojos, aquel hermoso cerro, algo menos elevado que el Monserrate que domina a la capital de Colombia; también menos descarnado, y más cubierto de la vegetación achaparrada y pajiza de las cumbres andinas; más alto a nuestra izquierda que a la derecha, y sueve en su centro, desde la cumbre hasta la falda, entre un escarpe áspero que lo corta a la derecha y arbustos que lo estrechan a la izquierda en la parte superior. En la falda aparecían a la izquierda, por ciento o ciento cincuenta varas de arriba a abajo, unas ondulaciones o arrugas horizontales, y muchos altillos en forma de túmulos, situados desordenadamente, terreno embarazoso para caballería; y quebrada a la derecha un espacio igual y continuo como de trescientas varas de ancho, entre las cabeceras de un arroyuelo y el escarpe mencionado, por donde nuestros jinetes podían trepar sin inconveniente al campo del enemigo. La sabatena que se extiende al pie tendrá a nivel mil varas de longitud en el sentido de la falda, y unas quinientas de Este a Oeste. Córtala a la izquierda en toda su extensión la impenetrable cañada o quiebra de unas cien varas de profundidad, a que ya se hizo alusión; y bajando del Kunturkunka recórrela transversalmente de izquierda a derecho el arroyuelo antedicho, de aguas limpias y tal cual arbusto de una vara de alto, y cauce de cuatro varas, seco entonces en su mayor parte”.

En este terreno sabiamente escogido por los generales Sucre y La Mar, un movimiento envolvente por los españoles era imposible, porque lo impedía, por la izquierda, la impenetrable cañada de que habla López, y por la derecha, la escarpa sur del Kunturkunka. Además, tan estrecho era el frente, que los realistas no podían desplegar en él ni siquiera una división.

Para librar la batalla, Sucre formó tres divisiones del Ejército Libertador y les dió las siguientes posiciones:

Primera división, al mando del general José María Córdoba, compuesta de los batallones Bogotá, comandado por el coronel León González; Voltígeros, al mando del teniente coronel Pedro Guás; Pichincha, al mando del teniente coronel Manuel León, y Caracas, al del coronel José Leal, haciendo un total de 2,300 hombre los cuatro cuerpos. Esta división formaba el ala derecha y parte del centro y su línea de tiradores orillaba, a unas 120 varas, la falda del cerro. Detrás tenía al regimiento de Granaderos de Colombia, con 200 plazas, comandado por el coronel Lucas Carvajal, siendo jefes de los escuadrones que lo formaban los tenientes coroneles José de la Cruz Paredes y Mariano Acero.

Segunda división, de tropas peruanas, al mando del gran mariscal don José de la Mar, formada por los batallones N^o 1, comandado por el coronel Francisco de Paula Otero; N^o 2, al mando del teniente coronel Ramón González; N^o 3, al del de igual clase Miguel Benavides, y Legión Peruana, al mando del coronel José María de Plaza; más el regimiento de Húsares de Junín, al mando de su coronel Manuel Isidoro Suárez, y cuyos tres escuadrones eran comandados por los tenientes coroneles N. Bruix, Pedro Blanco y José Olavarría. Los cuerpos de esta división contaban con escasos efectivos, pues su total no llegaba a 1,300 hombres. Ocupaba esta división el resto del centro y el ala izquierda, apoyando su extrema izquierda en el borde del infranqueable barranco o cañada, a unas 30 varas atrás del arroyo, pero siguiendo la línea de tiradores el curso de la orilla.

La tercera división al mando del general Lara, de la que formaban parte los batallones Vencedor, Vargas y Rifles, con 2,000 hombres, quedó de reserva.

En total, el Ejército Unido Libertador ascendía a 5,780 hombres.

Al emprender la campaña desde el Cuzco sobre los pa-

triotas, el virrey La Serna dió una nueva organización al Ejército realista. Por orden general dictada en Limatambo el 13 de Septiembre de 1824, el virrey disolvió los llamados ejércitos del Norte, comandado por Canterac, y del Sur, al mando de Valdés, que acababa de regresar este último, después de batir al absolutista Olañeta en el Alto Perú, y creó el "Ejército de operaciones del Perú" asumiendo su mando en jefe y reservándose emplear a estos dos generales "fuera de los destinos que por ahora les señalo, cuando las circunstancias y la utilidad de la causa que sostenemos lo demandaren". Por aquella orden del día Canterac quedó nombrado segundo general del ejército y su jefe de estado mayor general, y por segundo jefe del estado mayor se nombró al mariscal de campo don José Carratalá. Las tres divisiones que formó el virrey quedaron organizadas así:

División de vanguardia: general, el mariscal de campo don Jerónimo Valdés; segundo comandante general, brigadier don Martín Ruíz de Somocurcio.

Primera división de infantería: general, el mariscal de campo don Juan Antonio Monet; segundo comandante general, brigadier don Antonio María Pardo; jefe de estado mayor, coronel don Gaspar Claver.

Segunda división de infantería: general, el mariscal de campo don Alejandro González Villalobos; segundo comandante general, brigadier don Manuel Ramírez; jefe de estado mayor, teniente coronel don Luis Raseti.

El brigadier don Valentín Ferraz fué nombrado comandante de la división de caballería, y jefe de estado mayor de esta división, el teniente coronel don Ramón Gascón. Componíanla dos brigadas, la primera al mando del brigadier don Andrés García Camba y la segunda al de igual clase don Ramón Gómez de Vedoya (así firmaba).

Se nombró comandante de la artillería al brigadier don Miguel de Atero.

En el curso de la campaña ocurrieron algunos cambios

en esta organización: por ejemplo, en Ayacucho la artillería estuvo al mando del brigadier Fernando Cacho.

Según un "Estado de la fuerza que tiene el Ejército Real del Perú, el día 9 de Diciembre de 1824 en Ayacucho" que se publicó más tarde en España, el siguiente era el efectivo de los cuerpos en aquel día:

CUERPOS

Infantería

	Fuerza
Dos batallones de Gerona.....	900
Dos idem del Imperial.....	796
Dos idem del Cuzco.....	829
Un batallón de Infante.....	444
Un idem de Burgos.....	510
Un idem de Guías.....	240
Un idem de Victoria.....	392
Un idem de Fernando VII.....	196
Un idem de Castro.....	495
Un idem del Centro.....	464
Un idem de Cantabria.....	580

Fuerza total:	5,876

Caballería

Escuadrones de Granaderos de la Guardia.....	380
Idem Dragones de la Unión.....	248

Idem	Idem del Perú.....	248
Idem	Húsares de Fernando VII.....	124
Idem	Lanceros de San Carlos	85
Compañía de la Guardia del Virrey.....		46
		Fuerza total: 1,030
		Total general: 6,906

que no está de acuerdo con las cifras dadas por todos los historiadores patriotas, que fijan al ejército realista en Ayacucho un efectivo de 9,300 a 10,000 hombres.

Una vez que las fuerzas realistas se descolgaron por el Kunturkunka, ocuparon las siguientes posiciones: a la derecha, la división de Valdés, que constaba de los batallones Cantabria, Centro, Castro y 1º del Imperial Alejandro, dos escuadrones de Húsares y una batería de seis piezas; al centro, la división de Monet compuesta de los batallones Burgos, Infante Don Carlos, Victoria, Guías y 2º del Primer Regimiento y tres escuadrones de Dragones de la Unión; a la izquierda, la división de Villalobos, con los batallones 2º de Burgos, 2º del Imperial Alejandro, 1º del Primer Regimiento y Fernando VII, con cuatro escuadrones de Granaderos de la Guardia.

Un cuerpo de reserva al mando del segundo jefe de estado mayor general don José Carratalá y compuesto de los batallones 1º y 2º de Gerona, Fernando VII y del regimiento de Lanceros de San Carlos, se situó en la altura de una pequeña hondonada.

La artillería estaba al mando del brigadier don Fernando Cacho.

A las 8 de la mañana se presentó en las avanzadas patriotas uno de los jefes realistas, alto, de porte muy marcial y de bien cuidada barba, que hacía de general del campo ese

día: era el mariscal de campo don Juan Antonio Monet y pidió hablar con el general Córdoba, que a su vez era general del campo patriota ese día. Realizada la entrevista, el jefe español manifestó que había en las filas realistas algunos militares que tenían hermanos, parientes y amigos en el Ejército Unido y que deseaba saber si habría inconveniente para que esos hermanos, parientes y amigos se diesen un abrazo antes de romperse los fuegos. Córdoba contestó que en su concepto no habría inconveniente alguno y que no dudaba de que el general en jefe daría el permiso debido; el cual fué concedido por Sucre, y ¡oh lejanos tiempos de la caballería y la hidalguía! pronto se reunieron en el punto intermedio entre las dos líneas un centenar de militares de ambos bandos para departir fraternalmente, como si horas más tarde no fueran a darse la muerte mutuamente. Un testigo de vista, el coronel López, refiere estos episodios ocurridos durante las entrevistas: "...pero a todos nos ganó en presteza el brigadier español don Antonio Tur, interesante joven, de alta estatura y unos 34 años de edad, que fué tal vez, quien pidió esta entrevista, y se nos avalanzó en demanda del teniente coronel don Vicente Tur, del E. M. peruano, hermano suyo y como seis años más joven. Encontrándole al punto, lo apostrofó con tono acerbo: "¡Ay! hermanito mío: cuánto siento verte cubierto de ignominia".—"Yo no he venido a que me insultes, y si es así, me voy" le contestó Vicente, y dándole la espalda ya se iba, cuando Antonio corrió tras él y abrazándole lloraron estrechados largo rato. La misma escena, pero sin reconvenciones pasó entre los dos hermanos Blanco: Pedro, comandante de un escuadrón de Húsares de Junín, y el otro, también comandante de un cuerpo de caballería española, ambos nativos del Alto Perú".

Media hora duró la patética entrevista entre hermanos, parientes y amigos, y mientras éstos evocaban lejanos recuerdos o hacían planes para el futuro, los dos jefes, Monet y Córdoba sostenían, alejados, una animada conversación, que no quedó en secreto en el campo patriota, pues se supo que aquél había propuesto al segundo buscar la manera de

llegar a un arreglo que evitase el derramamiento de sangre. Córdoba contestó que el asunto no sólo era posible, sino también fácil, justo y racional, pues todo quedaba terminado con que España reconociese la independencia de América y disolviese las fuerzas militares que tenía en el continente; proposición que fué rechazada por el jefe realista, manifestando que no representaba "la expresión del juicio y la voluntad popular, como lo probaba el hecho de que el mismo punto de la independencia y del auxilio de Colombia dividía en opiniones a los peruanos; y que, como cuestión militar, considerase que ellos, los españoles, tenían fuerzas superiores a las nuestras, que nuestra posición estaba completamente dominada por su ejército, y que no había posibilidad de que le resistiésemos. Córdoba cerró ese asunto de la conversación con estas palabras (que recogió el coronel López): "La opinión del Perú, general, es la de todo el mundo, en que cada cual quiere mandar en su casa; y en cuanto a la decisión por las armas, ciertamente ustedes tienen más tropas y mejor posición que nosotros, pero no soldados iguales a los nuestros, como lo verá usted a la hora del combate".

Después, el general Monet confesó que Córdoba había tenido razón.

Terminado el fraternal paréntesis abierto en la ardorosa lucha en que estaban comprometidos ambos bandos, las tropas de los dos campos procedieron a almorzar, y en seguida los realistas se vistieron de gran parada, cortesía a que no pudieron corresponder los independientes porque no tenían dos ejemplares completos de vestidos, y ninguno de ellos elegante. "Nuestro uniforme, dice el ayudante del Libertador, tantas veces citado (enviado de Chile por el ilustre coronel Daniel Florencio O'Leary) consistía en casaca corta o "polonesa", con variación de chaqueta, guarnecidos cuello y mangas de azul claro, verde o encarnado, según los cuerpos, y al través de la guarnición de las mangas, un "marrueco" o cerradura de otro color, ojalada con tres botones; pantalón ancho de pliegue al frente, y capote largo hasta la espinilla, todo de bayeta o de paño ordinario azul obscuro, más un

duplicado de pantalanes de género blanco. Quien carecía de manta para dormir se cobijaba con el capote, prenda de uso constante, sobre el cual iba cruzada la fornitura; detrás, morral de cuero curtido; en la cabeza, un morrión alto y pesado de vaqueta negra, en forma de cono inverso, con sus cordones blancos, encarnados o verdes y "pompon" verde, celeste o encarnado, y una roseta tricolor o bicolor por escarapela, y carrilleras escamadas de hojalata bruñida. Los sargentos y cabos, sin caponas, con su divisa al brazo bajo el capote. Los jinetes, de chaqueta azul con alamares amarillos. Los jefes y oficiales, sin más distinción que las presillas y el sombrero elástico o apuntado, éste de hule negro con borla de oro y escarapela tricolor o bicolor, según que fuese colombiano o peruano; pero algunos jefes de caballería con alamares de hilo de plata. Raros galones, nada de bandas, bordados ni penachos; y en punto a charreteras, usabanlas únicamente los generales, cuyos sombreros se distinguían por una orla o cresta de pluma blanca".

A las diez y media volvió a presentarse en la línea patriota la arrogante figura del general Monet, lujosamente uniformado, hizo llamar al general Córdoba y le dijo: "¡General, vamos a dar la batalla!" "¡Vamos!", contestó el general y héroe dentro de algunos minutos más, y se dirigió donde el general en jefe para comunicarle la misión que había traído a Monet a las filas patriotas. Se hallaba Sucre a unas cincuenta varas a retaguardia de la división de Córdoba, montado en un espléndido caballo castaño oscuro y al tener noticia de la decisión de los realistas, picó espuelas y recorrió la línea de batalla, arengando a cada uno de los cuerpos, recordándoles sus hechos gloriosos a cada uno en particular. Comenzó por la derecha, donde se hallaba formado el Regimiento de Granaderos, al cual dijo:

"¡Compatriotas Llaneros!: Estoy viendo las lanzas del Diamante de Apure, las de Mantecal, Queseras del Medio y Calabozo, las del Pantano de Vargas y Boyacá, las de Carabobo, las de Ibarra y Junín. ¿Qué podré temer? ¿Quién supo nunca resistirles? Desde Junín ya sabéis que allí no

hay jinetes, que allí no hay hombres para vosotros, sino unos mil o dos mil soberbios caballos con que pronto remularéis los vuestros. Sonó la hora de ir a tomarlos. Obedientes a vuestros jefes, caed sobre esas columnas y deshacedlas como centellas del cielo. ¡Lanza al que ose afrontaros! ¡Corazón de amigos y hermanos para los rendidos! ¡Viva el llanero invencible! ¡Viva la libertad!”.

Seguía en orden de formación el batallón Bogotá y a éste dirigió el general la siguiente arenga:

“¡Heróico Bogotá!: Vuestro nombre tiene que llevaros siempre a la cabeza de la redentora Colombia; el Perú no ignora que Nariño y Ricaúrte son soldados vuestros; y hoy, no sólo el Perú, sino toda la América os contempla y espera milagros de vosotros. Esas son las bayonetas de los irresistibles Cazadores de Vanguardia de la epopeya clásica de Boyacá. Esa es la bandera de Bomboná, la que el español recogió de entre centenares de cadáveres para devolvéros la asombrado de vuestro heroísmo. La tiranía (señalando al campo español) no tiene derecho a estar más alta que vosotros. Pronto ocuparéis su puesto al grito de ¡viva Bogotá!, ¡viva la América redimida!”.

Le tocó en seguida su turno a Voltígeros, el famoso batallón español Numancia, que vino al Perú mandado por las autoridades españolas de Venezuela por su manifiesta desafección a la causa realista, y compuesto en su mayor parte de jóvenes venezolanos pertenecientes a familias patriotas, a quienes los españoles habían enrolado en sus filas por castigo, y que se pasó al ejército de San Martín en la hacienda de Palpa el 3 de Diciembre de 1820. Para este célebre cuerpo, tuvo Sucre estas palabras:

“¡Voltígeros!: Harto sabe el Perú que nadie aborrece tanto como vosotros el despotismo, y que nadie tiene tanto que cobrarle. No contento con hacernos esclavos a todos, quiso hacer de vosotros nuestros verdugos, los verdugos de la patria y de la libertad. Pero él mismo honró vuestro valor con el nombre de Numancia, el más heroico que España

ha conocido, porque quizá no encontró peninsulares que pudieran honrarlo más que vosotros. ¡He aquí el día de vuestra noble venganza! ¡Cinco años de sonrojo, cinco años de ira, estallarán hoy contra ellos en vuestros corazones y en vuestros fusiles. ¡Sucumba el despotismo! ¡Viva la libertad!”.

Luego habló al Pichincha:

“Ilustre Pichincha! ¡Esta tarde podéis llamaros Ayacucho! Quito os debe su libertad y vuestro general su gloria. Los tiranos del Perú no creen nada de cuanto hicimos, y están riéndose de nosotros. Pronto los haremos creer, echándoles encima el peso del Pichincha, del Chimborazo, del Cotopaxi, de toda esa Cordillera, testigo de vuestro valor y ardiente enemiga de la tiranía, que hoy por última vez osan profanar con sus plantas. ¡Viva la América libre!

Después se colocó frente al Caracas y le dijo:

“¡Caracas!: ¡Guirnalda de reliquias beneméritas que recordáis tantas victorias cuantas cicatrices adornan el pecho de vuestros veteranos! Ayer asombrasteis el remoto Atlántico en Maracaibo y Coro; hoy los Andes del Perú se humillarán a vuestra intrepidez. Vuestro nombre os manda a todos ser héroes. Es el de la patria del Libertador, el de vuestra ciudad sagrada que marcha con él al frente de la América. ¡Viva el Libertador! ¡Viva la cuna de la libertad!”.

Después de arengar a la división de la derecha, Sucre pasó frente a la división del Perú y allí dirigió la palabra a dos cuerpos, al número 2, que le dijo:

“¡Batallón número 2!: Me acompañasteis en Quito; vencisteis en Pichincha, y dísteis libertad a Colombia; hoy me acompañaréis en Ayacucho, también venceréis y daréis la libertad al Perú, asegurando para siempre la independencia de América!”.

A los Húsares de Junín les recordó su brillante actuación en la batalla de ese nombre y los estimuló a afirmar su fama y colocándose al frente de toda la división peruana, dijo:

“El gran Simón Bolívar me ha prestado hoy su rayo irresistible, y la santa Libertad me asegura desde el cielo que los que hemos destrozado solos al común enemigo, acompañados de vosotros es imposible que nos dejemos arrancar un laurel”.

“El número de sus hombres nada importa; somos infinitamente más que ellos, porque cada uno de nosotros representa aquí a Dios Omnipotente con su justicia y a la América entera con la fuerza de su derecho y de su indignación. Aquí lo hemos traído, peruanos y colombianos, a sepultarlo juntos para siempre. Este campo es su sepulcro, y sobre él nos abrazaremos hoy mismo anunciando al Universo: ¡Viva el Perú! ¡Viva toda la América redimida!”.

Sucre pasó luego a la división de reserva comandada por el general Lara y allí también arengó a cada uno de los cuerpos que la formaban, principiando por Rifles, ante el cual pronunció las más sublimes palabras de ese histórico día:

“¡Rifles! ¡Nadie más afortunados que vosotros! Donde vosotros estáis, ya está presente la victoria. Acudisteis a Boyacá, y quedó libre la Nueva Granada; concurrísteis a Carabobo, y Venezuela quedó libre también; firmes en Colpahuaiico, fuisteis vosotros solos el escudo de diamante de todo el Ejército Libertador; y todavía no satisfecha vuestra ambición de gloria, estáis en Ayacucho, y pronto me ayudaréis a gritar: ¡Viva el Perú libre! ¡Viva la América independiente”.

Ante el Vargas se expresó el generalísimo así:

“¡Bravos del Vargas!: Vuestro nombre significa disciplina y heroísmo, y del Cauca a Colpahuaiico, hartas veces habéis probado que lo merecéis. No tuvede admiraros en Bomboná, porque aquí está el Perú, y la América entera, para aplaudiros en el mayor de los triunfos. ¡Acordáos de Colombia! ¡Acordáos del Libertador! y dadme una nueva palma que ofrecerles a ambos en la punta de vuestras bayonetas. ¡Viva Colombia! ¡Viva el Libertador!”.

Y al Vencedores dijo:

“¡Vencedores!: Desde las orillas del Apure hasta las del Apurímac habéis marchado siempre en triunfo. El brillo de vuestras bayonetas ha conducido la libertad a todas partes, y el ángel de la Victoria está tejiendo en este instante las coronas de laurel con que serán ceñidas vuestras sienes en este día de gloria para la patria. ¡Viva la libertad!”

Iba Sucre a arengar a los Húsares de Colombia cuando observó que las columnas españolas descendían de la falda del cerro para tomar posiciones de combate, entonces el general en jefe partió al galope para colocarse en el puesto que antes ocupaba, casi al centro del campo y al alcance del fuego de la fusilería enemiga, donde empuñándose sobre los estribos y levantando la voz cuanto pudo lanzó su inmortal proclama, lacónica, pero profundamente expresiva: “Soldados, dije, de los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur, (y señalando a las columnas enemigas que se movían para ocupar posiciones) Otro día de gloria vá a coronar vuestra admirable constancia”, proclama que fué contestada por las tropas independientes con delirantes vivas, y como para corear los vivas de los patriotas, los realistas abrieron un vivísimo fuego de fusilería, que se extendió rápidamente a toda la línea de tiradores, con menos viveza en las filas patriotas a causa de la escasa dotación de municiones de los cuerpos después de la pérdida del parque en Colpahuaco. Faltaban entonces cinco minutos para las 11.

La línea de tiradores del frente patriota estaba formada, partiendo de la derecha hacia la izquierda, por la compañía de cazadores del batallón Pichincha al mando del capitán don Manuel Barrera, la cuarta del Voltigeros, al mando del de igual clase don Guillermo Ferguson; la de cazadores del batallón Vencedor, comandada por el teniente Lorenzo Hernández, una compañía del Legión Peruana y otra del batallón número 1 del Perú. El emplazamiento de los cuerpos en la primera línea quedó de esta manera: el Bogotá en columna, cerca de la falda del Kunturkunka, formando un pe-

queño martillo: hacia la izquierda, los batallones Voltígeros y Pichincha, en columnas cerradas y dando frente a la división de Villalobos; Caracas haciendo frente a los cuerpos del mariscal Monet. Sucre había dado la forma de un ángulo recto a su línea; en el vértice de ese ángulo quedaba el Legión Peruana y luego le seguían los demás cuerpos de la división La Mar. Fué en esta ala, la izquierda patriota y la derecha realista, donde ambos generales en jefe sabían que habría de batirse más recio el cobre; la división realista que la cubría, era la más numerosa, 3,000 hombres, se componía de los mejores cuerpos y la mandaba el más reputado, competente y audaz de los generales españoles, Valdés; la división patriota sólo constaba de 1,280 hombres, pero tenía a su cabeza un experimentadísimo militar, el mariscal La Mar, que había elegido esa posición precisamente "para habérselas con el loco de Valdés", como se verá más adelante. Sabedor de esto Sucre, no perdió de vista ni un minuto la izquierda; tenía previsto que allí habría de decidirse la batalla, y así ocurrió que a los diez minutos de rotos los fuegos, La Mar se vió precisado a pedir que se le enviase un cuerpo de refuerzo, porque los realistas habían reforzado toda su línea de tiradores y los de la división peruana comenzaban a ceder, a pesar de los esfuerzos de su jefe, el mariscal La Mar, que "sereno y arrogante, recorría toda su línea por en medio de los dos fuegos". La oportuna llegada del Vencedor, restableció, por entonces, el equilibrio en esa ala.

Los españoles, fiados en su superioridad numérica y en las condiciones del terreno, habían adelantado el ataque en sus extremidades y aprovechándose del abundante parque de que disponían, hacían un fuego realmente infernal. En la derecha, el Bogotá, a pie firme, sufría el fuego realista sin poderlo contestar por tener delante la línea de tiradores, y las bajas eran sensibles; el jefe del cuerpo sin poder hacer nada, se había limitado a dar esta orden: "echarle encima el capote a los que caigan y cubrir los claros".

Después de cerca de una hora de fuego preliminar, comenzó la fase final de la batalla, empezando a descender las

divisiones de los generales Monet y Villalobos. El espectáculo era imponente. Las pesadas masas realistas, uniformadas de parada, limpios los fusiles y las fornituras y relucientes las bayonetas, bajaban como si fuesen a asistir a una parada, y a pesar de la pendiente del cerro, el descenso se hacía con rapidez, dirigido personalmente por el virrey La Serna y por el general Villalobos, y no trascurrieron muchos minutos sin que la artillería hubiera emplazado sus seis piezas y hubiera comenzado a vomitar metralla contra los patriotas, y la caballería quedase montada, pues bajaban los soldados llevando los caballos de la brida, y formada en columna lista para la carga. El plan de los españoles era preparar al borde de la pampa esa formidable masa de tropas y lanzarla contra el centro y derecha patriotas y destrozarlas una vez que Valdés hubiera amartillado duramente la izquierda; pero la estrechez y lo accidentado del terreno donde maniobran los realistas no les permitía efectuar un despliegue con la desenvoltura necesaria y Sucre aprovechó de esta circunstancia, pues, dice en su parte: "observando que aún las masas del centro no estaban en orden, y que el ataque de la izquierda se hallaba demasiado comprometido, mandé al señor general Córdoba que lo cargase rápidamente con sus columnas, protegido por la caballería".

Al recibir la orden de ataque, Córdoba recorrió a galope el frente de su línea y arengó a las tropas; dirigiéndose al Pichincha, y señalando un cuerpo de caballería enemigo que se aprestaba para la acción, le dijo: "Contra una infantería disciplinada, no hay caballería que valga"; en seguida se puso al centro de su línea, como a unos 25 metros delante, y con la espada en alto, lanzó aquella inmortal orden: "¡División!: Armas a discreción; de frente; paso de vencedores".

"Imagínese la belleza de aquel general de veinticinco años, dice López, en ese instante sublime. Con su ligero uniforme azul, sin más gala que su juventud y su espada, agitando con la mano derecha su blanco sombrero de jipijapa y rigiendo con la izquierda el favorito castaño claro habitado por él a cabriolar y saltar, su rostro encendido como el

de Apolo fulminaba el coraje de su alma, y sus palabras vibraban como rayos por entre aquel horizonte de pólvora y de truenos en que íbamos a envolvernos. Repetida por cada jefe de cuerpo la inspirada voz, la banda del Voltígeros rompió el "bambuco", aire nacional colombiano con que hacemos fiesta de la misma muerte: los soldados ebrios de entusiasmo, se sintieron más que nunca invencibles; y entre frenéticos vivas a la libertad y al Libertador, que era nuestro grito de guerra, avanzó rectamente esa cuádruple legión de enconados leones, reprimida hacia casi dos horas por la diestra mano de su amo".

Cuando la división se puso en marcha, las guerrillas enemigas redoblaron el fuego y Villalobos ordenó al primer batallón del Primer Regimiento, comandado por el coronel don Joaquín Rubín de Celis (que murió allí), salir al encuentro del Bogotá, y al segundo del Imperial Alejandro, comandado por el coronel don Juan Moraya, sobre el Voltígeros, mientras el escuadrón Dragones de San Carlos embestía furiosamente al Pichincha y otros dos escuadrones se lanzaban sobre los Húsares de Colombia. El choque fué breve y decisivo y los jinetes realistas quedaron despedazados por las lanzas de los húsares y las balas del Pichincha.

No menos infortunada fué la suerte de los dos cuerpos realistas arriba mencionados, que, a pesar de su número, no pudieron resistir la carga a la bayoneta de Voltígeros y Bogotá y voltearon caras, dejando a sus jefes tendidos en el campo y con espanto indecible al virrey y a los generales españoles. Quiso Canterac remediar el mal y ordenó a la división Monet que cargase, y para alzar la moral del ejército, él mismo se puso a la cabeza de los dos Geronas, mientras Monet hacía igual cosa y se ponía al frente del Infante Don Carlos y del Burgos.

Sucre, que estaba en todas partes y a todo atendía, mandó a Córdoba que se cargase con su división hacia la izquierda y al mismo tiempo ordenó al Caracas que avanzase. El choque fué sangriento y los españoles se desordenaron dejan-

do tres jefes de cuerpo muertos en el campo y resultando el mismo Monet herido de un balazo, aunque ligeramente, no bastando a contener el desorden ni los esfuerzos de Cantarac, Monet y del jefe de la brigada, brigadier Juan Antonio Pardo, ni los planazos de los oficiales sobre la pavorida soldadesca. La suerte estaba echada y ni la misma intervención del virrey pudo ya hacerla cambiar. El sol del 9 de Diciembre era el último que iluminaba el poderío español en América, y con su ocaso se sumergía también en la sombra el dominio ibérico en todo un continente.

Durante la jornada, La Serna "más que viejo, envejecido por su brega política y militar del Perú", había hecho lujo de actividad en todas partes, estimulando con su presencia y su arrojo a sus subordinados, y al contemplar cómo se iba iniciando el desastre de su ejército, procuró conjurarlo adoptando algunas medidas que él juzgaba salvadoras, en la creencia de que al fin Valdés daría buena cuenta de la división peruana, sin imaginarse que Sucre iba reforzando convenientemente su izquierda, a la vez que con su derecha seguía arrollando irresistiblemente a los realistas. Abriéndose paso por entre los dispersos de la división Monet, el virrey ordenó personalmente al batallón Fernando VII, posicionado detrás de los peñascos en la falda del cerro, que "resistiese hasta morir" y dispuso que tres escuadrones de la brigada de Gómez de Bedoya cargasen al regimiento Granaderos de Colombia; lanzados los tres escuadrones a la carga, los colombianos los esperaron a pie firme y los realistas no pudieron romper aquella muralla formada por las enormes lanzas de los llaneros, y al volver desordenados fueron acribillados a balazos por el batallón Bogotá. Al ver la derrota de la caballería, el Fernando VII olvidó la orden del virrey, y después de haber hecho algunas descargas, los fernandinos arrojaron las armas y se pusieron en salvo, arrollando en su fuga al representante de la Corona, quien, a pie, físicamente exhausto, humillado con el dolor de la derrota, con el peso de su responsabilidad ante el soberano, convertido de arrogante general en niño tímido después de escapar del arrolla-

dor tumulto de los fugitivos, logró arrimarse a un peñasco, donde se vió libre de la vorágine. “Largo y erecto de talla—dice López—acartonado de complexión, sin barba y de gran nariz, cubierto de un grueso capote negro con el cuello alzado, sombrero alón de vicuña, y visible por debajo un gorro obscuro de seda, a su aspecto más que grave, tomaronlo nuestros soldados por sacerdote, y algunos al pasar le dijeron “padre capellán, échenos la bendición”, mas llegó cierto oficial puertorriqueño de índole dura que se detuvo a preguntarle: “¿Usted quién es?”, y respondiéndole él quitándose el sombrero: “Soy el virrey, señor”, y alzó el sable, y parte en la cabeza y parte en la mano, hizolo una cortada”. La oportuna intervención de un sargento llamado Pontón, del ejército patriota y del mayor Rafael Cuervo salvaron al anciano general de ser victimado por ese salvaje y lo condujeron con una escolta a la iglesia de Quinua. Así cayó el último virrey del Perú.

Veamos ahora lo que ocurría en la otra extremidad de la línea de batalla, en la izquierda patriota, constituida como se ha dicho, por la división peruana al mando de La Mar, donde Valdés hacía inauditos esfuerzos para romperla e interponerse entre las dos divisiones independientes, abriendo una cuña por donde se encajase la división española y quedasen los patriotas batidos. Sea por el prestigio del general, sea porque las tropas de Valdés fuesen las mejores del ejército realista, lo cierto es que se portaron a mucho mayor altura que el resto de las fuerzas españolas. Como se recordará, los tiradores realistas habían hecho vacilar a los de la división peruana, lo que motivó el envío del Vencedor como refuerzo; el jefe español quiso aprovechar este momento de indecisión y después de un rato de fuego por salvas, que abrió grandes claros en la línea independiente, lanzó sus cuerpos al ataque, poniéndose personalmente al frente de su división, con el ánimo, como se ha dicho, de interponerse entre los peruanos y colombianos. Visto el movimiento por Sucre, fué entonces que mandó al Vargas de refuerzo y que ordenó a Córdoba que se cargase a la izquierda con cuyo

refuerzo La Mar emprendió a su vez el avance, que no resistió el enemigo, haciéndose el desastre general y convirtiéndose el ataque en persecución. Hora y media habia sido suficiente para dilucidar la gran contienda.

El parte del general en jefe del Ejército Unido Libertador, general Sucre, que transcribimos a continuación, nos exime de dar detalles respecto a las pérdidas sufridas por los patriotas y a los trofeos conquistados en aquella inmortal jornada.

Ejército Unido Libertador del Perú.—Cuartel general en Ayacucho, a 11 de Diciembre de 1824.—Al señor Ministro de la Guerra.

Señor Ministro:

Las tres divisiones del Ejército quedaron desde el 14 al 19 de Noviembre situadas en Talavera, San Jerónimo y Andahuailas, mientras los enemigos continuaban sus movimientos sobre nuestra derecha. Por la noche del 18 supe que el mayor número de los cuerpos enemigos se dirigía a Huamanga, y dispuse que el Ejército marchase para buscarlos. El 19 nuestras partidas se batieron en el puente de Pampas con un cuerpo enemigo, y el 20, al llegar a Uripa, se divisaron tropas españolas en las alturas de Bombón. Una compañía de Húsares de Colombia y la primera de Rifles con el señor coronel Silva, se destinaron a reconcer estas fuerzas, que constando de tres compañías de cazadores, fueron desalojadas y obligadas a repasar a todo el Ejército Real que había cortado perfecta y completamente nuestras comunicaciones, situándose a la espalda.

Siendo difícil pasar el río e imposible forzar las posiciones enemigas, nuestro Ejército quedó en Uripa y los españoles en Concepción, estando a la vista. El 21, 22 y 23, el encuentro de las descubiertas nos fué siempre ventajoso. El 24 los enemigos levantaron su campo en marcha hacia Vilcas-Huaman, y nuestro Ejército vino a situarse en las alturas

de Bombón hasta el 30, que sabiéndose que los enemigos venían por la noche a la derecha del Pampas por Uchubambas a flanquear nuestras posiciones, me trasladé a la izquierda del río para cubrir nuestra retaguardia.

Los españoles, al sentir este movimiento, repasaron rápidamente a la izquierda del Pampas; pero nuestros cuerpos acababan de llegar a Matará en la mañana del 2, cuando el Ejército español se avistó sobre las alturas. Aunque nuestra posición era mala, presentamos la batalla, pero fué excusada por el enemigo, situándose en unas breñas no sólo inatacables, sino inaccesibles. El 3, el enemigo hizo un movimiento indicando el combate y se le presentó la batalla, pero dirigiéndose sobre las inmensas alturas de la derecha, amenazaba tomar nuestra retaguardia. Antes había sido indiferente al ejército dejar al enemigo nuestra espalda, pero la posición de Matará, después de ser mala, carecía de recursos, y era por tanto necesario seguir la retirada a Tambocangallo. Nuestra marcha se rompió muy oportunamente para salvar la difícil quebrada de Colpahuaco antes que llegase el cuerpo del ejército enemigo; mas éste había adelantado desde muy de mañana y encubiertamente cinco batallones y cuatro escuadrones a oponerse en este paso impenetrable. Nuestra infantería de vanguardia con el señor general Córdoba, y la del centro con el señor general La Mar, habían pasado la quebrada cuando esta fuerza enemiga cayó bruscamente sobre los batallones Vargas, Vencedor y Rifles, que cubrían la retaguardia con el señor general Lara; pero los dos primeros pudieron cargarse a la derecha sirviéndose de sus armas para abrirse paso, y Rifles, en una posición tan desventajosa, tuvo que sufrir los fuegos de la artillería, y el choque de todas las fuerzas; mas, desplegando la serenidad e intrepidez que ha distinguido siempre a este cuerpo, pudo salvarse. Nuestra caballería bajo el señor general Miller, pasó por Chonta, protegida por los fuegos de Vargas, aunque siempre muy molestada por la infantería enemiga. Este desgraciado encuentro costó al Ejército Libertador más de 300 hombres, todo nuestro parque, que fué enteramente per-

dido, y una de nuestras dos piezas de artillería, pero él es el que ha valido al Perú su libertad.

El 4 los enemigos engréidos de su ventaja, destacaron cinco batallones y seis escuadrones por las alturas de la izquierda a descabezar la quebrada, mostrando querer combatir; la barranca de la quebrada de Colpahuayo permitía una fuerte defensa; pero el Ejército deseaba a cualquier riesgo aventurar la batalla. Abandonándoles la barranca, me situé en medio de la gran llanura de Tambo-Cangallo. Los españoles al subir la barranca marcharon velozmente a los cerros enormes de nuestra derecha, evitando todo encuentro; y esta operación fué un testimonio evidente de que ellos querían maniobrar, y no combatir; este sistema era el único que yo temía; porque los españoles se servían de él con ventaja, conociendo que el valor de sus tropas estaba en sus pies, mientras que el de las nuestras se hallaba en el corazón.

Creí, pues, necesario obrar sobre esta persuasión, y en la noche del 4 marchó el Ejército al pueblo de Huaichao, pasando la quebrada de Acocro, y cambiando así nuestra dirección. El 5 en la tarde se continuó la marcha a Acos-Vinchos, y los enemigos a Tambillo, hallándose siempre a la vista. El 6 estuvimos en el pueblo de Quinua, y los españoles por una fuerte marcha a la izquierda, se colocaron a nuestra espalda en las formidables alturas de Pacaycasa; ellos siguieron el 7 por la impenetrable quebrada de Huamanguilla, y el día siguiente a los elevados cerros de nuestra derecha, mientras nosotros estábamos en reposo. El 8 en la tarde quedaron situados en las alturas de Kunturkunka a tiro de cañón de nuestro campo; algunas guerrillas que bajaron se batieron esa tarde, y la artillería usó de sus fuegos.

La aurora del día 9 vió estos dos ejércitos disponerse para decidir los destinos de una nación. Nuestra línea formaba un ángulo: la derecha, compuesta de los batallones Bogotá, Voltígeros, Pichincha y Caracas al mando del señor general Córdoba; la izquierda de los batallones 1º, 2º y 3º y Legión Peruana, bajo el Ilmo. señor general La Mar; al

centro, los Granaderos y los Húsares de Colombia con el señor general Miller; y en reserva los batallones Rifles, Vencedor y Vargas al mando del señor general Lara. Al recorrer los cuerpos recordando a cada uno sus triunfos, sus glorias, su honor y su patria, los vivas al Libertador y a la República resonaron por todas partes. Jamás el entusiasmo se mostró con más orgullo en la frente de los guerreros. Los españoles a su vez dominando perfectamente la pequeña llanura de Ayacucho, y con fuerzas casi dobles, creían cierta su victoria. Nuestra posición, aunque dominada, tenía seguros sus flancos por unas barrancas, y por su frente no podía obrar la caballería enemiga de un modo uniforme y completo. La mayor parte de la mañana fué empleada sólo con fuego de artillería y de los cazadores: a las diez del día los enemigos situaban al pie de la altura cinco piezas de batalla, arreglando también sus masas, a tiempo que estaba yo revisando la línea de nuestros tiradores. Dí a éstos la orden de forzar la posición en que colocaban la artillería, y fué ya la señal del combate.

Los españoles bajaron velozmente sus columnas, pasando a las quebradas de nuestra izquierda los batallones Cantabria, Centro, Castro, 1º Imperial y dos escuadrones de húsares con una batería de seis piezas, forzando demasíadamente su ataque por esa parte. Sobre el centro formaban los batallones Burgos, Infante, Victoria, Guías y 2º del Primer Regimiento, apoyando la izquierda de éste con los tres escuadrones de la Unión, el de San Carlos, los cuatro de los Granaderos de la Guardia y las cinco piezas de artillería ya situadas; y en la altura de nuestra izquierda los batallones 1º y 2º de Gerona, 2º Imperial, 1º del Primer Regimiento el de Fernandinos y el escuadrón de Granaderos de Alabarderos del Virrey.

Observando que aun las masas del centro no estaban en orden, y que el ataque de la izquierda se hallaba demasiado comprometido, mandé al señor general Córdoba que se cargase rápidamente con sus columnas, protegido por la caballería del señor general Miller, reforzando a un tiempo al señor general La Mar con el batallón Vencedor y sucesi-

vamente con Vargas; Rifles quedaba en reserva para rehacer el combate donde fuera menester, y el señor general Lara recorría sus cuerpos en todas partes. Nuestras masas de la derecha marchaban arma a discreción hasta cien pasos de las columnas enemigas; en que, cargadas por ocho escuadrones españoles, rompieron el fuego: rechazarlos y despedazarlos con nuestra caballería, fué un momento. La infantería continuó inalterablemente su carga y todo se plegó a su frente.

Entre tanto, los enemigos, penetrando por nuestra izquierda, amenazaban la derecha del señor general La Mar, y se interponían entre éste y el señor general Córdoba con dos batallones en masa; pero llegando en oportunidad Vargas al frente, y ejecutando bizarramente los Húsares de Junín la orden de cargar por los flancos, quedaron disueltos. Vencedor y los batallones 1, 2, 3 y Legión Peruana marcharon audazmente sobre los otros cuerpos de la derecha enemiga, que reuniéndose tras las barrancas, presentaban nuevas resistencias; pero reunidas las fuerzas de nuestra izquierda y precipitadas a la carga, la derrota fué completa y absoluta.

El señor general Córdoba trepaba con sus cuerpos la formidable altura de Kunturkunka donde se tomó prisionero al Virrey La Serna; el señor general La Mar salvaba en la persecución las difíciles quebradas de su flanco, y el señor general Lara, marchando por el centro, aseguraba el suceso. Los cuerpos del señor general Córdoba, fatigados del ataque, tuvieron la orden de retirarse, y fué sucedido por el señor general Lara, que debía reunirse en la persecución al señor general La Mar en los altos de Tambo. Nuestros despojos eran ya más de mil prisioneros, entre ellos sesenta jefes y oficiales, catorce piezas de artillería, dos mil quinientos fusiles, muchos otros artículos de guerra, y perseguidos y cortados los enemigos en todas direcciones, cuando el general Canterac, comandante en jefe del Ejército español, acompañado del general La Mar, se me presentó a pedir una capitulación. Aunque la posición del enemigo podía reducirlo a una entrega discrecional, creí digno de la generosidad ame-

ricana conceder algunos honores a los rendidos que vencieron catorce años en el Perú, y la estipulación fué ajustada sobre el campo de batalla en los términos que verá U. S. por el tratado adjunto: por él se han entregado todos los restos del Ejército español, todo el territorio del Perú ocupado por sus armas, todas sus guarniciones, sus parques, almacenes militares y la plaza del Callao con sus existencias.

Se hallan por consecuencia en este momento en poder del Ejército Libertador, los tenientes generales La Serna y Canterac, los mariscales Valdés Carratalá, Monet y Villalobos; los generales de brigada Bedoya, Ferraz, Camba, Somocurcio, Cacho, Atero, Landázuri, Vigil, Pardo y Tur, con diez y seis coroneles, sesenta y ocho tenientes coroneles, cuatrocientos ochenta y cuatro mayores y oficiales, más de mil prisioneros de tropa, inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseían; mil ochocientos cadáveres y setecientos heridos, han sido en la batalla de Ayacucho las víctimas de la obstinación y de la temeridad españolas. Nuestra pérdida es de trescientos setenta muertos y seiscientos y nueve heridos, entre los primeros el mayor Duxbury, de Rifles; el capitán Urquiola de Húsares de Colombia, los tenientes Oliva de Granaderos de Colombia, Colmenares y Ramírez de Rifles, Bonilla de Bogotá, Sevilla de Vencedor, y Prieto y Ramonet de Pichincha; entre los segundos el bravo coronel Silva de Húsares de Colombia, que recibió tres lanzadas cargando con extraordinaria audacia a la cabeza de su regimiento; el coronel Luque, que al frente del batallón Vencedor entró a las filas españolas; el comandante León, del batallón Caracas, que con su cuerpo marchó sobre una batería enemiga; el comandante Blanco, del 2 de Húsares de Junín, que se distinguió particularmente; el señor coronel Leal, contuso, que a la cabeza de Pichincha no sólo resistió las columnas de caballería enemiga, sino que las cargó con su cuerpo; el mayor Torres, de Voltígeros, y el mayor Sornosa, de Bogotá cuyos batallones conducidos por los coroneles Gual y Galinlo trabajaron con extraordinaria audacia; los capitanes

Jiménez, Coquis, Dorronsoro, Brown, Gil, Córdoba y Ureña; los tenientes Infantes, Silva, Suárez, Vallarino, Otárola y French; los subtenientes Galindo, Chabur, Rodríguez, Malabe, Terán, Pérez, Calles, Marquina y Paredes de la segunda división de Colombia; los capitanes Landaeta, Troyano, Alcalá, Dorronsoro, Granados y Miró; los tenientes Pázaga y Ariscum y el subteniente Sabino de la primera división de Colombia; los tenientes Otárola, Suárez, Horna, Posadas, Miranda y Montoya. Los subtenientes Iza y Alvarado de la división del Perú; los tenientes coroneles Castillo y Geraldino, y tenientes Moreno y Piedrahita, del Estado Mayor. Estos oficiales son muy dignos de una distinción singular.

El batallón Vargas, conducido por su denodado comandante Morán, ha trabajado bizarramente; la Legión Peruana con su coronel Plaza sostuvo con gallardía su reputación; los batallones 2 y 3 del Perú con sus comandantes González y Benavides, mantuvieron firmes sus puestos contra bruscos ataques; los cazadores del número 1 se singularizaron en la pelea, mientras el cuerpo estaba en reserva. Los Húsares de Junín, conducidos por su comandante Suárez, recordaron su nombre para brillar con un valor especial: los Granaderos de Colombia destrozaron en una carga el famoso regimiento de la Guardia del Virrey. El batallón Rifles no entró en combate; escogido para reparar cualquier desgracia, recorría los lugares más urgentes, y su coronel, Sanders, los invitaba a vengar la traición con que fué atacado en Colpahuaco. Todos los cuerpos, en fin, han llenado su deber cuanto podía desearse.

Con satisfacción cumplo el agradable deber de recomendar a la consideración del Libertador, a la gratitud del Perú, y al respeto de todos los valientes de la tierra, la serenidad con que el señor general La Mar ha rechazado todos los ataques a su flanco y aprovechado el instante de decidir la derrota: la bravura con que el señor general Córdoba condujo sus cuerpos y desbarató en un momento el centro y la izquierda enemiga; la infatigable actividad con que el señor general Lara atendía con su reserva a todas partes; y la

vigilancia y oportunidad del señor general Miller para las cargas de caballería.

Como el Ejército todo ha combatido con una resolución igual al peso de los intereses que tenía a su cargo, es difícil hacer una relación de los que más han brillado; pero he prevenido al señor general Gamarra, jefe de estado mayor general, que pase a U. S. originales las noticias enviadas por los cuerpos. Ninguna recomendación es bastante para significar el mérito de estos bravos.

Según los estados tomados al enemigo, su fuerza disponible en esta jornada, era de nueve mil trescientos diez hombres, mientras el Ejército Libertador formaba cinco mil setecientos ochenta. Los españoles no han sabido qué admirar más, si la intrepidez de nuestras tropas en la batalla o la sangre fría, la constancia, el orden y el entusiasmo en la retirada desde las inmediaciones del Cuzco hasta Huamanga, al frente siempre del enemigo, recorriendo una extensión de ochenta leguas y presentando frecuentes combates.

La campaña del Perú está terminada: su independencia y la paz de América se han firmado en este campo de batalla. El Ejército Unido cree que sus trofeos en la victoria de Ayacucho, sean una oferta digna de la aceptación del Libertador de Colombia.

Dios guarde a U. S.

ANTONIO JOSÉ DE SUCRE.

Antes de continuar con nuestra narración, queremos ocuparnos de un delicado problema histórico relacionado con los antecedentes de la célebre acción, sin emitir juicio alguno de nuestra parte, ya que la índole de este trabajo es meramente narrativa y nó crítica, y dejando a otros historiadores, o quizá para nosotros mismos, más tarde, la tarea de establecer la verdad.

Se ha dicho que Sucre se resistía a dar la batalla que

buscaban los españoles y que fué La Mar quien lo obligó a aceptarla y a quién, por ende, se debe en gran parte el triunfo. El general don Domingo Nieto, tenido por hombre de gran integridad y circunspección, que con el grado de capitán servía de ayudante al general La Mar en la campaña de Ayacucho, narra así los hechos, haciendo, en 1834, un elogio de ese general en el curso de una conversación con el historiador Valdivia:

“.....pues la batalla se aceptó en Ayacucho, como ya lo he narrado a U. varias veces, solo por La Mar, a pesar de la resistencia del general Sucre. La Mar consiguió la junta de guerra y conquistó al general Córdoba y a los demás jefes para obtener sus votos en la reunión. A mí me tocó el honor de ser ayudante del general La Mar en esa batalla y fuí testigo de lo que valía el general La Mar.

“El general Sucre se obstinaba en su negativa y le decía al general La Mar: si perdemos aquí, se pierde no sólo el Perú, sino también Colombia, y aparte de la victoria adquirirían los españoles tal reputación que sería difícil arrojarlos después del territorio.

“Las razones con que el general La Mar apremiaba a Sucre, no eran contestadas por éste. General Sucre, le decía: Nuestro ejército es muy inferior al de los españoles. Hemos perdido en Colpahuaco parte del mejor batallón, los equipajes y la artillería. Los españoles han debido adelantar fuerza para cortarnos la retirada hacia Huanta. Los caballos han perdido sus herrajes y la tropa su calzado. Nuestro ejército tiene que retirarse por pueblos enemigos y sin descanso. La retirada hasta Lima o Ica, es de inmensa distancia y basta para destruirnos.

“Los españoles, no sé cómo, han podido ocupar ese cerro elevado de Condorcunca, donde no tienen auxilio de ninguna clase. Nosotros ocupamos este precioso llano reducido como para nuestra pequeña fuerza, que ni por su frente, ni por sus flancos pueden acometernos los enemigos en formación.

Tenemos a retaguardia el pueblo de Quinua, de donde podemos recibir auxilio. Los españoles están colocados en la dura precisión de atacarnos. Nuestro ejército es valiente y no pudiendo el enemigo desplegar toda su fuerza, debemos contar probablemente con la victoria.

“Tales razones obligaron a Sucre a acceder a la junta de guerra propuesta por el general La Mar. Este contaba con el voto de los jefes peruanos, como general en jefe que era de ellos; y ocurrió a conquistar al general Córdoba, colombiano, amigo suyo. Después que el general La Mar le refirió todo lo acaecido con Sucre, Córdoba, que se hallaba sentado dió un salto y abrazó al general La Mar, diciéndole: mi general, cuente usted conmigo y con mis compañeros y se dará la batalla, y mañana seré general de división o estaré en los infiernos.

“Habiéndose emitido en favor de la batalla un voto casi general, se retiraron los jefes y Sucre dijo a La Mar: ha salido usted con su intento. Yo deseaba lo mismo y he estado autorizado por el Libertador para aceptar la batalla donde yo lo tuviese por conveniente, pero mi responsabilidad me obligaba a obrar como lo he hecho. Vaya usted a disponer la línea y que esté todo listo para mañana.

“Cuando el general La Mar vió en la madrugada del día siguiente bajar algunos cuerpos españoles, nos dijo a sus ayudantes: hijos, demos gracias a Dios, hoy día el Perú será libre. Corrió a caballo donde Sucre y le dijo: todo está preparado, puede usted ir a mandar la línea. Yo me he elegido la izquierda para tener que vérmelas con el loco Valdés”.

La verdad es que La Mar era un militar experimentadísimo y valiente y basta recordar que había sido segundo del famoso Palafox y que había alcanzado en el ejército español, sirviendo en la Península, el alto grado de mariscal de campo; gozaba de gran prestigio en el ejército patriota y el mismo Bolívar tenía de él el mejor concepto. Cuando el Libertador se separó del ejército en las márgenes del Apurímac, para volver a la costa, quiso confiar el mando de las tropas

a La Mar, pero éste se excusó diciendo a Bolívar: "El Ejército Unido se compone en su mayor de colombianos que tienen su general en jefe a quien quieren y respetan y con quien están acostumbrados a servir y triunfar; y no servirán muy contentos a las órdenes de un general desconocido y extranjero para ellos. Así, pues, el general Sucre es el llamado a mandar el ejército, y yo serviré con gusto a su lado en cuanto esté a mi alcance". Bolívar nombró entonces general en jefe a Sucre, previniéndole, sin embargo, que obrase de acuerdo con La Mar "tanto por las consideraciones de su grado, como por sus conocimientos militares y prácticos del país y de los enemigos".....

No satisfecho el Libertador con las recomendaciones verbales a ambos generales, todavía envió a La Mar la siguiente carta, que expresa fielmente las ansias que Bolívar sufría con motivo de la situación:

Huamanga, 16 de Octubre de 1824.

Al Señor General La Mar.

Mi querido general:

Dos sentimientos me combaten con respecto a usted: el uno me hace dejarlo en el Ejército, y el otro me insta imperiosamente a quererlo a usted en Lima. El principal vence al secundario. Lima está a cien leguas de distancia del Perú, y el Gobierno es muy inferior a la Nación. El ser, es lo primero; lo segundo, es el modo.

Si usted viene a nuestro ejército del Perú, adiós unión, adiós patria. Si usted no viene, ¿quién manda ese ejército a falta de general en jefe? Sí, si usted se viene, ¿no queda sólo el general Sucre sin un consejo, sin un apoyo en las grandes crisis en que puede encontrarse?

Todos los demás generales son buenos; pero todos son

iguales entre sí, y usted sabe que la igualdad no es lo más conforme con la obediencia.

Así, mi querido general, sufra usted esta campaña, y cuente con la sinceridad de mi corazón.

BOLÍVAR.

Queda, pues, planteado el problema de la participación que cupo al gran mariscal La Mar en el triunfo de Ayacucho.

Carecemos de la palabra oficial española, es decir, del parte oficial sobre la batalla, pero creemos que podemos subsanar esta falta con la inserción de los siguientes párrafos, tomados de la *Refutación* del mariscal de campo don Jerónimo Valdés al *Diario* del capitán Sepulveda sobre la campaña de 1824, de que nos hemos ocupado más arriba:

“Los movimientos se emprendieron a las diez de la mañana. El general Valdés ocupó la casa fuerte, batió las fuerzas que la ocupaban, arrolló los cuatro batallones de la división del Perú que se habían adelantado sobre el barranco a sostener los que habían sido echados de la casa, y se hallaba empeñado con toda la reserva del ejército enemigo, comprometida indebidamente por Sucre en este primer ataque, cuando el primer batallón del Regimiento del Cuzco, mandado por el coronel Rubín, que según las instrucciones dadas debía solamente llamar la atención de la derecha enemiga y cubrir el flanco de las guerrillas; se lanzó imprudentemente al llano y habiendo caído sobre él la división Córdoba, fué en el primer choque, como era consiguiente, batido, deshecho y puesto en total dispersión. El segundo batallón del Imperial, destinado a sostenerlo, cuya calidad era malísima, participó de la derrota de Rubín sin haber apenas disparado un tiro. El general Monet, que se encontraba en ese momento al borde del barranco de su frente, arrebatado de un ardor excesivo, en vez de esperar en tan buena posición a que la vanguardia completase su movimiento, la caballería acabase de bajar y formase en el llano y la artillería se descargase

de las mulas y se situase en los puntos convenidos, creyó que podía reparar el descalabro de la izquierda, y con este objeto y con el de sostener el batallón de Guías que formaba su línea de tiradores, adelantó su movimiento de frente antes del tiempo que se le había prevenido. En consecuencia, y sin considerar que tenía sobre sí la división victoriosa de Córdoba apoyada por ocho escuadrones de caballería, emprendió el paso del barranco con una intrepidez prematura; dos batallones habían logrado felizmente formar en columna al otro lado y el resto de la división continuaba pasándole, cuando Córdoba, sin dejarle tiempo para desplegar sus primeras columnas y habiéndole ya arrollado el batallón que tenía en tiradores, lo envolvió con toda su fuerza.

“Un choque tan desigual no podía dejar de producir el efecto que efectivamente produjo. Estos cuerpos, al cruzar sus bayonetas con los enemigos, tuvieron tres jefes muertos, herido su general y una pérdida proporcionada a este género de ataques horribles. El terreno fué preciso cederlo al fin, dejándolo cubierto de muertos y heridos de ambas partes. Los dos batallones que no habían aún entrado en línea, retrocedieron rápidamente sobre el borde opuesto de la barranca; pero alcanzados, sin duda, por los fugitivos y desarreglada su formación de la manera que pasa siempre en semejantes ocasiones, no hubieron de desplegarse convenientemente y hacer la defensa que podían verificar en la buena posición que ocupaban; de modo que esta división, la más importante por su número y por el punto que ocupaba en la línea de batalla, fué batida y dispersada completamente, sin que bastara a reunirla ni las ventajas que le ofrecía el terreno de la espalda, ni la actividad y energía que emplearon el general Monet y los demás jefes, a pesar de hallarse el primero ya herido”.

“La caballería se encontraba en este crítico momento descendiendo de la posición que había ocupado la noche anterior. El escuadrón de San Carlos y la compañía de flanqueadores de la Guardia que sostenían las guerrillas,

habían sido batidos, habiéndose creído que era preciso contener por aquella parte la caballería enemiga para que no doblara la izquierda de la división Monet, que se hallaba a la sazón empeñaba en el choque que acaba de describirse, recibió orden del brigadier Ferraz de cargar a toda costa con dos escuadrones de la Unión y dos de Granaderos de la Guardia (únicos que habían hasta entonces formado en el llano) los ocho escuadrones enemigos que tenían al frente. El ataque fué vivo y decidido. El primer escuadrón de la Guardia se distinguió según acostumbraba, pero verificado el choque, contra fuerzas tan desiguales y bajo el fuego mortífero de la división Córdoba, que fusiló una parte de estos escuadrones, tuvieron también que ceder con una pérdida considerable; en el instante mismo que perdía su posición la división Monet y en que la derrota se hacía general por la izquierda y centro de nuestro ejército.

“En este estado, el general Canterac, puesto de orden del virrey a la cabeza de la reserva, se arrojó al llano con el objeto de restablecer el combate y favorecer la reunión de los cuerpos dispersos, en cuya operación estaban empeñados al propio tiempo los generales Carratalá, Villalobos y el virrey en persona; pero los batallones de Gerona, que debían protegerla, no eran ya los que habían vencido en Torata y Moquegua; aquéllos soldados habían desaparecido en la sangrienta campaña contra Olañeta; los cuatro capitanes de las compañías de preferencia habían sido también muertos o heridos, y en lugar de tantos veteranos aguerridos, estaban ocupadas sus filas por reclutas tomados a la fuerza dos meses antes y prisioneros de las campañas anteriores de quienes no podía esperarse razonablemente ninguno de aquellos esfuerzos que exigía la situación desesperada en que iba a emplearse este regimiento. Gerona abandonó por primera vez en el Perú al general que lo conducía y por primera vez también fué deshecho sin haberse batido”.

“Ciento noventa y seis hombres del batallón de Fernando VII, restó de los 704 con que este cuerpo había salido del

Cuzco, hicieron desde el punto en que se encontraban situados como última reserva, una resistencia insignificante e inútil.

“A la una de la tarde, frustrados sucesivamente todos los esfuerzos de los generales y jefes del ejército, y prisionero y herido el virrey, los enemigos eran dueños del campo de batalla, en que sólo la vanguardia continuaba batiéndose ventajosamente contra los siete batallones y los escuadones de que queda hecha mención anteriormente. El general Valdés, que por la disposición del terreno en que obraba no había podido percibir con oportunidad la suerte de las otras divisiones, se encontró entregado a sí mismo con sus cuatro batallones, dos escuadrones y cuatro piezas. El ataque, sin embargo, continuaba con el mayor vigor cuando se vió envuelto y obligado a formar martillo para contener las cargas de infantería y caballería que dirigían con nuevas tropas sobre su flanco e izquierda; estos movimientos y la decisión con que los enemigos le estrechaban por todas partes no le dejaron duda que la batalla estaba concluída de un modo funesto. Su situación no le permitía retirarse porque tenía comprometida casi en cuadro toda la tropa y no le era posible moverse en ninguna dirección, y en tal conflicto no podía proponerse otra cosa que dejar bien puesto el honor de las armas y detener al ejército enemigo el mayor tiempo posible para dar lugar a que se reuniesen nuestros dispersos. El parte de Sucre acredita que se obtuvo con gloria el primer objeto. Destrozada enteramente la vanguardia como era consiguiente, pudieron abrirse paso por medio de los enemigos el general con algunos oficiales que se reunieron en las alturas de retaguardia con unos 200 hombres de caballería que acompañaban al general Canterac y demás que habían podido salvarse de la izquierda y centro, los cuales se ocupaban aún en reunir los dispersos y contener los enemigos que los acosaban; pero el terror y la facilidad que tenían nuestros soldados, casi todos del país, según ya se ha indicado con diferente motivo, para ocultarse al través y por las barrancas de aquellas montañas, hicieron inútiles un sinnú-

mero de actos de arrojo que tuvieron lugar en esta hora desgraciada. El capitán Salas fué muerto por su misma tropa que se había empeñado en reunir; el brigadier Somocurcio estuvo expuesto a sufrir igual suerte, y, en general, no hubo un jefe notable que no corriese los mismos riesgos al tratar de reunir los dispersos. No debe sorprender esta conducta habiéndose ya dicho repetidas veces la especie de soldados que componían nuestras filas con los cuales no podía contarse de modo alguno en el momento que nos abandonase la victoria, pues los prisioneros habían de tratar de volverse, como lo hicieron, a los campos enemigos, y los indígenas de buscar sus madrigueras, de donde se les había sacado a la fuerza hacía muy poco tiempo.

“La pérdida sufrida por ambos ejércitos, a pesar de estos, fué inmensa y desproporcionada al número de las tropas que combatieron. Los enemigos, según su parte, perdieron entre muertos y heridos 11 jefes (entre ellos dos generales); heridos o muertos de 50 a 60 oficiales, y más de 1,500 sargentos, cabos y soldados.

“Se vé, pues, por la anterior relación: 1º, que la batalla de Ayacucho era necesaria y conveniente en el paraje que se dió; 2º, que el plan de ella fué bien concebido y bien explicado; 3º, que el arrojo del coronel Rubín comprometió los movimientos de la división Monet, y que habiendo tenido ésta que ejecutar el paso del barranco bajo el fuego enemigo, era consiguiente y precisa la desgracia que sufrió; 4º, que estos compromisos obligaron a sacar la reserva de la posición importante en que estaba situada, con lo cual quedó el ejército sin un punto de apoyo para reunirse; 5º, que por estas mismas causas tuvo que precipitarse el ataque de la caballería, la cual cargó contra fuerzas duplicadas antes de haber podido formarse y reunirse en el llano; 6º, que por iguales razones se perdió la artillería del centro e izquierda antes de haberse podido descargar en la mayor parte de las mulas en que iba cargada; 7º, en fin, que la calidad especial de nuestras tropas y la disposición particular de las grandes montañas en que tuvieron lugar estos acontecimientos, hacía

imposible la reunión una vez dispersas y disueltas de la manera que los fueron en esta jornada”.

Dados los reducidos efectivos de los ejércitos beligerantes, las pérdidas por ambas partes fueron sumamente cuantiosas, constando las del Ejército independiente de 4 oficiales y 112 soldados muertos y 13 de los primeros y 234 de los segundos heridos en la división de Córdoba; 85 soldados muertos y 9 oficiales y 90 soldados heridos en la división de La Mar, y 4 oficiales y 103 soldados muertos y 28 oficiales y 330 soldados heridos en la división de Lara, haciendo un total de 9 oficiales y 800 soldados muertos y 51 oficiales y 610 soldados heridos, o sea 1470 bajas.

Entre las sufridas por el Ejército realista se contaron: las de los coroneles don Francisco Cucalón, del Infante Don Carlos, don Joaquín Rubín de Celis, del Primer Regimiento, y Juan Lugo (graduado) del Burgos; los comandantes de batallón don Francisco Villabase, del Primer Regimiento, don Francisco Palomares del primer batallón del Imperial Alejandro y Francisco Brizvela, ayudante del mariscal de campo Monet, muertos. Gravemente herido quedó el virrey, teniente general don José de la Serna e Hinojosa, con seis heridas; levemente el mariscal de campo Monet, y de consideración el teniente coronel don José Fernández, de los Húsares de Fernando VII, y los comandantes José Manriques, del estado mayor general, don Luis Raseti, de estado mayor y Francisco López, de Dragones de la Unión.

La capitulación

Completamente batido el Ejército español y dispersados los cuerpos que lo formaban, las tropas independientes intensificaron la persecución para impedir que los realistas reorganizaran algunas tropas y fuesen a prolongar la resistencia sobre la base de las que podían reunir de las guarniciones del Cuzco, Puno, Arequipa, etc.; por su parte; Can-

terac y los demás generales y jefes buscaban la forma de burlar la persecución de los independientes y llegar al camino real del Cuzco, para dirigirse a aquella ciudad con los pocos dispersos que habían logrado reunir y con los que fuesen tomando en el camino. Serían las tres de la tarde cuando, adelantándose a los destacamentos patriotas, se presentó ante los generales españoles, en clase de parlamentario, un ayudante del mariscal La Mar ofreciendo una honrosa capitulación a los restos del Ejército realista a nombre del general Sucre. Los jefes españoles deliberaron brevemente sobre el partido que les quedaba por tomar en tan afflictivos momentos; ellos se daban cuenta de su situación y que ésta no tenía otra alternativa que aceptar la generosa oferta del general Sucre o de ir a caer en manos del sanguinario Olañeta, cuya "crueldad en haber fusilado jefes y oficiales que no tenían otro crimen que el de obedecer al virrey", tenía aterrizado al ejército. Estas consideraciones y la apremiante aproximación de las tropas patriotas, decidieron a los realistas a entrar en negociaciones. Para dar formalidad al acto era preciso la reunión de una junta de generales, que Canterac encargó a Valdés convocar, en su calidad de "más antiguo de los generales", mediante el oficio siguiente:

"Habiendo sido hecho prisionero el Excmo. Señor Virrey en la desgraciada batalla de hoy, y recaído en mí el mando, me creo en la precisión de entrar en tratados con el General en Jefe del Ejército enemigo, pues no encuentro absolutamente medio alguno de defender más tiempo el Perú, y menos para salvarlo, y así se servirá U. reunir en junta a todos los señores generales y primeros jefes de los cuerpos para que den su voto en la materia; y si es el de entrar en tratado que manifiesten su opinión sobre los artículos que soy de parecer se pongan, e incluyo copia. Dios guarde a U. S. muchos años. Sobre el campo, cerca de Quinua, a 9 de Diciembre de 1824.—JOSÉ CANTERAC".

Al mismo tiempo, Canterac procedió a redactar las bases de la capitulación y le envió el borrador a Valdés, con la

comunicación más abajo reproducida, para que consultase sus términos con los generales y éstos diesen su parecer en una junta.

Dice así la citada comunicacion:

“Mi querido Valdés: Allá vá el borrador de los artículos, y espero que reúna los jefes, para que, si tienen algo que añadir, lo digan. El encabezamiento de los artículos se pondrá tan honroso como queramos, y así puede Ud. enviar a Camba y venirse Ud. también, si quiere, dejando allí a Monet.

“El Virrey no quiere aparecer en nada, pues dice que cayó prisionero, y desde aquel momento nada manda.

“Creo que nadie podrá tacharnos, pues ya hemos hecho cuanto hemos podido: hemos sido batidos, pero esto no estaba en nuestro alcance, y estando ya todo perdido, no hay ya qué hacer.

“Envíe Ud. los cirujanos nuestros para curar nuestros heridos, pero que con ellos venga algún oficial, que dará a Ud. el señor general Lara. Adiós.—Suyo.—CANTERAC.

“P. D.—El señor general Sucre dá orden al señor general Lara para que, si Ud. quiere, no se oponga a que Ud. con tropas y equipajes, marche a Huamanguilla; esto es si se capitula, y así vea Ud., si se marchan al tal Huamanguilla.

“Bolívar tiene ya muchas tropas en la costa, y así por lo que sabe usted del estado en que está la que ha escapado, creo que es preciso atemperarse a las circunstancias”.

Varias versiones hay sobre quién fué quien redactó el borrador de la capitulación. El coronel don Bernardo de Escudero en el “Diario de la última Campaña en el Perú en 1824” refiere que al llegar con Valdés a las alturas donde los jefes españoles estaban tratando de reunir a los dispersos, se buscó, no sabe cómo, recado de escribir y que el general Valdés le dijo: “Escriba Ud.”—“No podré acaso, mi general, estoy como aterido; nos dictó la capitulación, y después de aprobada por unanimidad, nos ordenó llevarla al general

Sucre", dice el citado autor, y nosotros agregaremos que esta es una pura invención del coronel Escudero, pues no se concibe que el soberbio Valdés, que durante la derrota había buscado ansiosamente la muerte, hubiera ido a ofrecerse a tomar la iniciativa de las negociaciones, que correspondía únicamente al general en jefe, como en efecto sucedió, según se vé por la carta arriba inserta. Otros atribuyen la redacción a Monet, pero no queda duda de quién fué el verdadero autor del citado documento. En cuanto a la puesta en limpio para la firma, diremos de paso, que corrió a cargo de un joven español llamado don Nicolás Rodrigo, que se radicó en el país después de Ayacucho, adquirió una cuantiosa fortuna en el comercio y en la agricultura y formó aquí familia, dejando numerosa descendencia.

Una vez recibido por el general Valdés el borrador de la capitulación que le enviara Canterac, convocó aquel general, en calidad de más antiguo, a una reunión a los demás jefes realistas para darles cuenta de los propósitos del general en jefe y que se pronunciasen sobre la situación. La reunión, a la cual no sabemos por qué razones no concurrieron el mariscal de campo Villalobos y los brigadieres Cacho, Vigil, Landázuri y Somocurcio, en vista de las circunstancias, aprobó las bases para la capitulación y formuló el acta siguiente:

"En la tarde del 9 de Diciembre de 1824, y a tres leguas del campo de batalla de este día, el Excmo. señor don José Canterac, al encargarse del gobierno superior del Perú por haber sido herido y prisionero en el mismo combate el Excmo. señor Virrey D. José de la Serna, atendiendo a los pequeños restos de 400 hombres a que quedaba reducido el Ejército en aquel punto después de la sangrienta y desafortunada batalla, reflexionando al mismo tiempo el estado de dislocación y abandono en que iban a envolverse por esta desgracia los pueblos del Perú, y las personas y propiedades de los españoles habitantes en este territorio, discurrieron igualmente sobre la deplorable situación en que podían verse los empleados y americanos, decididos por la causa de

S. M. que no restaban otras fuerzas de reserva, además de la guarnición del Callao en el Perú, que un batallón de reclutas y tres muy informes escuadrones en el Cuzco y Arequipa, y que las fatales divergencias del general Olañeta tenían privado al Ejército de la mayor parte de recursos de hombres y caudales que antes disfrutaba y eran entonces tan necesarios, y reconociendo, sobre todo, que una división enemiga de tres batallones y dos escuadrones al mando del general Lara estaba a un cuarto de legua de dichos restos, y que otras tropas se destacaban del grueso enemigo por varias direcciones para disolverlos enteramente. En este cúmulo de reflexiones, que exigían una pronta determinación para minorar tales males en lo posible, convocó S. E. a los señores generales y jefes presentes, y exigió su parecer en materia tan ardua; reunidos, acordaron que desde luego era urgentísimo invitar a los enemigos a un Tratado que salvase en lo dable tantos infortunios en que ya estaba envuelta nuestra causa en el Perú, siendo esto imposible de continuar bajo el dominio de las armas españolas, por no restar medios para sostener la guerra, pues que sin reclutas, sin armas, sin caudales y demás elementas para formar ejército, y especialmente sin base de europeos para organizar los cuerpos, era imposible existiesen estos de modo alguno. Se consideraba, por otra parte, que aumentando el ejército enemigo con las armas y prisioneros hechos en este día y reforzado después, a mayor abundamiento, con las expediciones de Chile y Colombia, próximas a llegar, de un modo que no deja duda, es bien convincente la superioridad con que dominarán los enemigos dentro de poco en este país, sin que nuestras armas puedan hacer ya oposición alguna. Se tuvo también presente que sólo restaban al Callao como tres meses de víveres, porque según oficio de su gobernador a S. E. en Agosto último, tenía reunidos los necesarios para ocho meses únicamente. Tampoco este fuerte podía ser auxiliado, y su gobernador no podía extraer de Lima recurso alguno por haberla ocupado los enemigos; ni las guarniciones de nuestros buques pueden ser pagadas ni recibir medio alguno de subsistencia. Todas estas razones y demás consiguientes han con-

vencido que no pueden emplearse más sacrificios para la conservación del Perú después de los extraordinarios que por tantos años ha hecho el Ejército español para este deber. Por todo lo expuesto, dicho Excmo. Sr. D. José Canterac se dirigió a personarse con el Sr. General en Jefe del Ejército Unido, entre quienes se convino el tratado de esta fecha, que, consultado por S. E. en minuta a los señores generales y jefes; fué aprobado por éstos; y para que así conste en satisfacción de dicho Excmo. Sr. ante S. M., firmaron todos esta acta.—*Jerónimo Valdés.*—*Juan Antonio Monet.*—*José Carratalá.*—*Miguel María de Atero.*—*Antonio Tur.*—*Ramón Gómez.*—*Valentín Ferraz.*—*Juan Antonio Pardo.*—*José Domingo de Vidart.*—*Andrés García Camba.*—*Jerónimo Villagra.*—*Francisco Solé.*—*Manuel de la Canal.*—*Juan López Cobo.*—*Joaquín Potous.*—*Francisco Miranda.*—*Juan Estruz.*—*Francisco Santiago”*.

Mientras tanto, los patriotas no perdían el tiempo y continuaban la persecución y el desarme de los dispersos; los batallones Rifles y Vargas fueron designados para la recepción y custodia de los prisioneros y del armamento y formaron un gran cuadro en el centro de la pampa con tal objeto. Córdoba, radiante de felicidad, veía colmado su deseo, expresado a La Mar en la noche anterior en el consejo de guerra: era general de división—a los 24 años—pues Sucre le había conferido ese grado a nombre del Libertador en el campo mismo de batalla, y se multiplicaba tomando disposiciones para la reorganización de los cuerpos patriotas en previsión de futuros acontecimientos, a la vez que hacía retirar y atender a los heridos, etc.

A las ocho de la noche, previos los preliminares de estilo, en una casuca de indios, los generales Canterac, a nombre del Ejército español, y Sucre al del Libertador, estampaban sus firmas al pie del documento más preciado para la América, porque sellaba definitivamente la independencia del Nuevo Mundo, documento, por otra parte lleno de magnanimidad de parte del vencedor, como puede juzgarse por su texto:

Don José Canterac, Teniente General de los Reales Ejér-

bitos de S. M. C. encargado del mando superior del Perú, por haber sido herido y prisionero en la batalla de este día el Excmo. Señor Virrey D. José de La Serna, habiendo oído a los señores Generales y Jefes que se reunieron después que el Ejército Español, llenando en todos sus sentidos cuanto ha exigido la reputación de sus armas en la sangrienta jornada de Ayacucho y en toda la guerra del Perú, ha tenido que ceder el campo a las tropas independientes; y debiendo conciliar a un tiempo el honor a los restos de estas fuerzas con la disminución de los males del país, he creído conveniente proponer y ajustar con el señor General de División de la República de Colombia, Antonio José de Sucre, Comandante en Jefe del Ejército Unido Libertador del Perú, las condiciones que contienen los artículos siguientes:

1º—El territorio que guardan las tropas españolas en el Perú, será entregado a las armas del Ejército Unido Libertador hasta el Desaguadero, con los parques, maestranzas y todos los almacenes militares existentes.

2º—Todo individuo del Ejército Español podrá regresar a su país; y será de cuenta del Estado del Perú costearle el paseje, guardándole, entretanto, la debida consideración, y socorriéndole a lo menos con la mitad de la paga que corresponda mensualmente a su empleo, interín permanezca en el territorio.

1º—Concedido.—Y también serán entregados los restos del Ejército Español, los bagajes y caballos de tropa, las guarniciones que se hallen en todo el territorio y demás fuerzas y objetos pertenecientes al Gobierno Español.

2º—Concedido. — Pero el Gobierno del Perú sólo abonará las medias pagas mientras proporcione transportes. Los que marcharen a España no podrán tomar las armas contra la América mientras dure la guerra de la independencia, y ningún individuo podrá ir a punto alguno de la América que esté ocupado por las armas españolas.

3º—Cualquier individuo de los que componen el Ejército Español, será admitido en el Perú en su propio empleo, si lo quisiere.

4º—Ninguna persona será incomodada por sus opiniones, aun cuando haya hecho servicios señalados a favor de la causa del Rey, ni los conocidos por pasados: en este concepto tendrá derecho a todos los artículos de este tratado.

5º—Cualquier habitante del Perú, bien sea europeo o americano, eclesiástico o comerciante, propietario o empleado, que le acomode trasladarse a otro país, podrá verificarlo en virtud de este convenio llevando consigo su familia y propiedades, prestándole el Estado protección hasta su salida; y si él quiere vivir en el país, será considerado como los Peruanos.

6º—El Estado del Perú respetará igualmente las propiedades de los individuos españoles que se hallaren fuera del territorio, de las cuales serán libres de disponer en el término de tres años, debien-

3º—Concedido.

4º—Concedido.—Si su conducta no turbare el orden público, y fuese conforme a las leyes.

5º—Concedido.—Respecto a los habitantes del país que se entrega y bajo las condiciones del artículo anterior.

6º—Concedido.—Como el artículo anterior, si la conducta de estos individuos no fuese de ningún modo hostil a la causa de la libertad y de la independencia de la América; pues en caso contrario,

do considerarse en igual caso las de los americanos que no quieran trasladarse a la Península y tengan allí intereses de su pertenencia.

7º—Se concederá el término de un año para que todo interesado pueda usar del artículo 5º; y no se le exigirá más derechos que los acostumbrados de extracción, siendo libres de todo derecho las propiedades de los individuos del Ejército.

8º—El Estado del Perú reconocerá la deuda contraída hasta hoy por la hacienda del Gobierno Español.

9º—Todos los empleados quedarán confirmados en sus respectivos destinos si quisieren continuar en ellos; y si alguno o algunos no lo fuesen, o prefiriesen trasladarse a otro país, serán comprendidos en los artículos 3º y 5º.

10º—Todo individuo del Ejército o empleado que prefiera separarse del servicio y quedarse en el país, lo podrá verificar; y en este caso sus personas serán sagradamente respetadas.

el Gobierno del Perú obrara discrecionalmente.

7º—Concedido.

8º—El Congreso del Perú resolverá sobre este artículo lo que convenga a los intereses de la República.

9º—Continuarán en sus destinos los empleados que al Gobierno guste continuar, según su comportamiento.

10º—Concedido.

11º—La plaza del Callao será entregada al Ejército Unido Libertador, y su guarnición será comprendida en los artículos de este tratado.

12º—Se enviarán Jefes de los Ejércitos Español y Unido Libertador a las provincias, para que los unos reciban y los otros entreguen los archivos, almacenes, existencias y las tropas de las guarniciones.

13º—Se permitirá a los buques de guerra y mercantes españoles hacer víveres en los puertos del Perú por el término de seis meses después de la modificación de este convenio, para habilitarse y salir del Mar Pacífico.

14º—Se dará pasaporte a los buques de guerra y mercantes españoles para que puedan salir del Pacífico hasta los puertos de la Europa.

15º—Los Generales, Jefes y Oficiales prisioneros en la batalla de este día quedarán

11º—Concedido.—Pero la plaza del Callao con todos sus enseres y existencias será entregada a disposición de S. E. el Libertador dentro de veinte días.

12º—Concedido.—Comprendiendo las mismas formalidades que en la entrega del Callao. Las provincias estarán del todo entregadas a los jefes independientes en quince días, y los pueblos más lejanos, en todo el presente mes.

13.—Concedido. Pero los buques de guerra sólo se emplearán en sus aprestos para marcharse, sin cometer ninguna hostilidad, ni tampoco a su salida del Pacífico: siendo obligados a salir de todos los mares de América, no pudiendo tocar en Chiloé, ni en ningún puerto de América ocupado por los españoles.

14.—Concedido. Según el artículo anterior.

15.—Concedido.—Y los heridos se auxiliarán por cuenta del erario del Perú, hasta

desde luego en libertad, y lo mismo los hechos en anteriores acciones por uno y otro Ejército.

16°—Los Generales, Jefes y Oficiales conservarán el uso de sus uniformes y espadas; y podrán tener consigo a su servicio los asistentes correspondientes a sus clases, y los criados que tuviesen.

17°—A los individuos del Ejército, así que resolvieren sobre su futuro destino, en virtud de este convenio, se les permitirá reunir sus familias e intereses, y trasladarse al punto que elijan, facilitándoles pasaportes amplios para que sus personas no sean embarazadas por ningún Estado independiente hasta llegar a su destino.

18°—Toda duda que se ofreciere sobre alguno de los artículos del presente tratado, se interpretará a favor de los individuos del Ejército.

que completamente restablecidos, dispongan de sus personas.

16.—Concedido.— Pero mientras duren en el territorio estarán sujetos a las leyes del país.

• 17.—Concedido.

18.—Concedido.— Esta estipulación reposará sobre la buena fe de los contratantes.

Y estando concluídos y ratificados, como de hecho se aprueban y ratifican estos convenios, se formarán cuatro ejemplares, de los cuales dos quedarán en poder de cada una de las partes contratantes para los usos que les convenga. Dados, firmados de nuestras manos en el campo de Ayacucho, a 9 de Diciembre de 1824. — JOSÉ CANTERAC. — ANTONIO JOSÉ DE SUCRE.

Terminada la magna lucha con la capitulación, no había ya enemigos; en realidad, la guerra había sido meramente una guerra civil, entre hombres de la misma sangre, de la misma raza, separados únicamente por una cuestión de principios, y desaparecida la causa que la produjo, volvió a reinar la confraternidad entre ambas partes.

Consumada la victoria y aclarada la situación, Sucre dirigió la siguiente proclama al ejército, y se preparó para continuar la marcha hacia el interior del país, por si hubiere restos de resistencia de parte de los jefes no capitulados.

Soldados: Sobre el campo de Ayacucho habéis completado la empresa más digna de vosotros. Seis mil bravos del Ejército Libertador han sellado con su constancia y con su sangre la Independencia del Perú y la paz de América. Los diez mil soldados españoles, que vencieron catorce años en esta república, están humillados a vuestros pies.

Peruanos: Sois los escogidos de vuestra patria. Vuestros hijos, las más remotas generaciones del Perú, recordarán vuestros nombres con gratitud y orgullo.

Colombianos: Del Orinoco al Desaguadero habéis marchado en triunfo; dos naciones os deben su existencia: vuestras armas las ha destinado la Victoria para garantizar la libertad del Nuevo Mundo.

Cuartel General en Ayacucho, a 10 de Diciembre de 1824

Después de Ayacucho

Considerando Bolívar insuficientes las fuerzas patriotas para hacer frente al ejército con que el Virrey abría la campaña desde el Cuzco, resolvió volver a la costa, dejando, como se ha dicho más arriba, el mando del ejército a Sucre, para organizar nuevas tropas y reforzar a este general hasta ponerlo en aptitud de batir a los españoles. Le acompañaba el general Santa Cruz, jefe de estado mayor, a quien reemplazó en el cargo el general Gamarra, y por lo que aquél no se halló en la batalla. Con los enfermos que habían quedado a retaguardia y con los auxilios que esperaba hubiesen llegado ya de Colombia, pensaba el Libertador completar el efectivo de los cuerpos y crear, si fuera posible, otros nuevos; y si con esto no considerase aún capaz al Ejército Unido de hacer frente al enemigo, era su propósito ir personalmente a Colombia para traer, según decía, 10,000 hombres de refuerzo. Hallábase en estos trajines Bolívar en Lima, cuando, en la tarde del 21 de Diciembre, entraba en esta ciudad el capitán Alarcón, enviado por el general Sucre con un ejemplar de la capitulación, que remitía al Libertador con el siguiente oficio:

Ejército Libertador.—Cuartel General en Ayacucho, a 10 de Diciembre de 1824.—Al Exmo: Señor Libertador:

Exmo. Señor: El tratado que tengo la honra de elevar a manos de V. E. firmado sobre el campo de batalla, en que la sangre del Ejército Libertador aseguró la independencia del Perú, es la garantía de la paz de esta república y el más brillante resultado de la victoria de Ayacucho. El Ejército Unido siente una inmensa satisfacción al presentar a V. E. el territorio completo del Perú sometido a la autoridad de V. E. antes de cinco meses de campaña. Todo el Ejército Real, todas las provincias que éste ocupaba en la república, todas sus plazas, sus parques, almacenes y quince generales espa-

ñoles, son los trofeos que el Ejército Unido ofrece a V. E. como gajes que corresponden al ilustre salvador del Perú, que desde Junín señaló al Ejército los campos de Ayacucho para completar las glorias de las armas libertadoras.

Dios guarde a V. E.

ANTONIO JOSÉ DE SUCRE.

La noticia de la derrota completa del ejército realista en Ayacucho se esparció rápidamente en la capital y hubo alegría indescriptible; se echaron las campanas a vuelo, las bandas de músicos recorrieron las calles tocando dianas, y el pueblo en masa fué a aclamar al Libertador. Cuatro años de lucha habían bastado en el Perú para derrocar el poder español, cuando las demás secciones del continente sudamericano habían necesitado de diez a doce años de cruentos sacrificios para conseguir su independencia.

Calmados los primeros arrebatos del delirante entusiasmo causado por la noticia del triunfo de las armas patriotas, el Libertador dirigió la siguiente proclama al ejército vencedor:

Soldados:

“Habéis dado la libertad a la América meridional, y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria: ¿Dónde no habéis vencido?

“La América del Sur está cubierta con los trofeos de vuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todo.

“Soldados: Colombia os debe la gloria que nuevamente le dáis, el Perú, la vida. La Plata y Chile también os son deudores de inmensas ventajas. La buena causa, la causa de los derechos del hombre, ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores: contemplad, pues, el bien que habéis hecho a la humanidad con vuestros heroicos sacrificios.

“Soldados: Recibid la ilimitada gratitud que os tributo a nombre del Perú. Yo os ofrezco igualmente que seréis recompensados como merecéis antes de volveros a vuestra hermosa patria. Mas nó...jamás seréis recompensados dignamente; vuestros servicios no tienen precio.

“Soldados peruanos: vuestra patria os contará siempre entre los primeros salvadores del Perú.

“Soldados colombianos: centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo.

“Cuartel general dictatorial en Lima, 25 de Diciembre de 1824, año 14^o de la independencia”.

BOLÍVAR.

Y a la Nación peruana dirigía esta otra proclama, vibrante de generosidad y de patriótica sinceridad:

Peruanos:

“El Ejército Libertador a las órdenes del intrépido y experto general Sucre, ha terminado la guerra del Perú y aun del continente americano, por la más grande victoria de cuantas han obtenido las armas del Nuevo Mundo. Así, el Ejército ha llenado la promesa que a su nombre os hice, de completar en este año la libertad del Perú.

“Peruanos: Es tiempo de que os cumpla la palabra que os dí, de arrojar la palma de la dictadura el día mismo en que la victoria decidiese de vuestro destino. El Congreso del Perú será, pues, reunido el 10 de Febrero próximo, aniversario del decreto en que se me confió esta suprema autoridad, que devolveré al Cuerpo legislativo que me honró con su confianza. Esta no ha sido burlada.

“Peruanos: El Perú había sufrido grandes desastres militares. Las tropas que le quedaban ocupaban las provincias libres del Norte y hacían la guerra al Congreso; la marina no obedecía al Gobierno; el ex-presidente Riva Agüero,

usurpador, rebelde y traidor a la vez, combatía a su patria y a sus aliados; los auxiliares de Chile, por el abandono lamentable de nuestra causa, nos privaron de sus tropas y las de Buenos Aires, sublevándose en el Callao contra sus jefes, entregaron aquella plaza a los enemigos. El presidente Torre Tagle, llamando a los españoles para que ocupasen esta capital, completó la destrucción del Perú. La discordia, la miseria, el descontento y el egoísmo reinaban por todas partes. Ya el Perú no existía; todo estaba disuelto. En estas circunstancias el Congreso me nombró dictador para salvar las reliquias de su esperanza.

“La lealtad, la constancia y el valor del ejército de Colombia, lo han hecho todo. Las provincias que estaban por la guerra civil reconocieron al gobierno legítimo y han prestado inmensos servicios a la patria; y las tropas que las defendían se han cubierto de gloria en los campos de Junín y Ayacucho. Las facciones han desaparecido del ámbito del Perú; esta capital ha recobrado para siempre su hermosa libertad; la plaza del Callao está sitiada y debe rendirse por capitulación.

“Peruanos: La paz ha sucedido a la guerra; la unión a la discordia; el orden a la anarquía, y la dicha al infortunio; pero no olvidéis jamás, os ruego, que a los ínclitos vencedores de Ayacucho lo debéis todo.

“Peruanos: El día que se reúna vuestra Congreso será el día de mi gloria: el día en que se colmarán los más vehementes deseos de mi ambición. ¡No mandar más!

“Cuartel general del Libertador en Lima, 25 de Diciembre de 1824, año 14º de la independencia”.

El 27 del mismo mes, dictó Bolívar un decreto sobre recompensas al Ejército Unido, en que declaraba (Art. 2º): “Que esta gloriosa batalla se debe exclusivamente a la habilidad, valor y heroísmo del general en jefe Antonio José de Sucre”, disponía que se erigiese en el campo de Ayacucho una columna conmemorativa, coronada con el busto del general; que los individuos del ejército vencedor llevasen una medalla

al pecho, pendiente de una cinta blanco y rojo con la inscripción *Ayacucho*, debiendo ser de oro esmaltada con brillantes para los generales, de oro para los jefes y oficiales, y de plata para la tropa; que un cuerpo de cada arma en los ejércitos del Perú y Colombia debía llevar el nombre de Ayacucho, y ascendía al general Sucre a mariscal con el "sobrenombre de General Libertador del Perú".

Antes de esta resolución Sucre había decretado, con fecha 19 de Diciembre, una medalla para las tropas colombianas, con esta inscripción, en el anverso: "Colombia a sus bravos en el Perú", y en el reverso, un campo figurado de Ayacucho y esta leyenda alrededor "Vencedores en Ayacucho, 9 de Diciembre. Año 14^o"; la medalla debía ser de oro para los jefes y oficiales y de plata para la tropa.

El Congreso de Colombia, reunido en pleno, dictó el 11 de Febrero de 1825 una ley concediendo honores al ejército auxiliar en el Perú; después de rememorar las acciones del 6 de Agosto y 9 de Diciembre de 1824, declara la citada ley: "Que este gran resultado, que asegura para siempre la libertad de la América meridional y la gloriosa reputación de las armas de Colombia, es debido al genio del Libertador Presidente Simón Bolívar", le otorga una medalla de platina de veinte y ocho líneas de diámetro, que contendrá en el anverso a la Victoria, coronando al genio de la Libertad con una corona de laureles; ésta llevará en la mano izquierda las fajas colombianas, y en rededor de este emblema, la siguiente inscripción: "Junín y Ayacucho, 6 de Agosto y 9 de Diciembre de 1824". En el reverso, una guirnalda formada por una rama de oliva y otra de laurel, y en el centro la siguiente inscripción: "A Simón Bolívar Libertador de Colombia y del Perú, el Congreso de Colombia, año de 1825". Para el general Sucre votaba el Congreso una espada de oro con la siguiente inscripción: "El Congreso de Colombia al general Antonio José de Sucre, vencedor en Ayacucho el año 1824", y para todos los individuos del ejército de Colombia que hubiesen hecho la campaña del Perú condecorados "con un escudo bordado sobre fondo rojo, de oro para los oficiales y

de seda amarilla para las clases y soldados, con esta inscripción "Junín y Ayacucho en el Perú".

Por su parte, el Congreso del Perú, en sesión de 12 de Febrero de 1825, dió una ley semejante a la expedida, con rara casualidad, un día antes por el de Colombia, en que después de expresiones de reconocimiento al Libertador, ordena que se otorgue una medalla a Bolívar con esta inscripción: "A su Libertador Simón Bolívar" y en el reverso, las armas de la república con esta otra: "El Perú restaurado en Ayacucho. Año de 1824". Disponía, además, la mencionada ley que se erigiese una estatua al Libertador en la plaza de la Constitución, que se inauguró el 9 de Diciembre de 1859 y otras preeminencias; a Sucre se le daba el grado de mariscal, con el dictado de Ayacucho.

En 1830, Gamarra modificó el decreto de Bolívar sobre la medalla de Ayacucho, dándole otra forma, aunque ya se habían acuñado bastantes de conformidad con el decreto de Bolívar, lo que explica dos modelos de medallas peruanas de esa batalla.

Después de la capitulación

Puestas en ejecución las cláusulas del convenio de Ayacucho, el Ejército realista quedó, naturalmente, disuelto; muchos de sus soldados, que habían sido hechos prisioneros a los patriotas y enrolados por la fuerza, fueron dados de alta en el Ejército libertador; los jefes y oficiales españoles obtuvieron sus respectivos pasaportes para regresar a su país dirigiéndose a distintos puertos de la costa. El virrey La Serna y los generales Canterac, Valdés, González Villalobos, Carratalá, Cacho, Atero, Pardo, García Camba, Bedoya, Landázuri, Ferraz y Montenegro se embarcaron por Ilay; Monet y Tur por una caleta cercana a Lima. Muchos jefes y oficiales españoles de nacimiento quedaron radicados

en el Perú dedicándose al comercio, entre ellos el mayor con grado de teniente coronel don Tomás Romero de Albornoz, segundón de una casa titulada de Galicia que había sido herido en Bailén y en Zaragoza y que contrajo matrimonio en Ica con doña Manuela de Cárdenas del Portal, abuelos de quien estas líneas escribe.

Pero no faltaron espíritus levantiscos que desconociendo la santidad de un pacto solemne firmado por el representante legítimo de la nación española, se negasen a aceptar la capitulación y soñasen bien con una reacción en el país o bien con recibir auxilios de la madre patria, y de esta clase fueron el mariscal de campo Alvarez en el Cuzco, que trató de seguir la resistencia, y el mariscal de campo don Pío de Tristán y Moscoso, en quien, de conformidad con el pliego de Previsión, recayó el cargo de virrey, y lo asumió, pero que ante el avance del victorioso ejército de Sucre y la evidencia de los hechos, acabaron por aceptar la capitulación y reconocer la independencia, que el virrey de pocas horas notificó al país en la siguiente proclama:

“A los pueblos del Perú: Don Pío de Tristán y Moscoso, Comendador de la orden Americana de Isabel la Católica, Mariscal de campo de los Reales Ejércitos, Virrey, Gobernador y Capitán general interino del Perú, Superintendente de la Real Hacienda, &.

“Peruanos: La batalla del 9 del corriente en Quinua, de que os hablé el 22, fué enteramente contraria a las armas del Rey. Ayer se recibió la capitulación celebrada en consecuencia de este suceso, y hoy se publica para su cumplimiento. El nuevo sistema de gobierno en que vais a entrar, reclama el ejercicio de las virtudes que forman su base, y que os hará felices. Yo espero que la república del Perú será admirada por ellas mediante la observancia de las leyes civiles y militares que el Congreso haya sancionado. Hasta la publicación de éstas por el señor comisionado que se espera, deben regir las actuales con sumisión a las autoridades constituidas. Os recomiendo, pues, la unión, la subordinación y la

probidad en todas vuestras acciones.—Arequipa, Diciembre 30 de 1824.

Pío de Tristán.

Por orden de S. E.—*Joaquín de Olivares.*

Con la proclama del virrey interino a la Nación acatando la capitulación y reconociendo la independencia, debió quedar todo el territorio del Perú sometido a las armas republicanas, pero no fué así. Desde la traición del sargento Moyano en el Callao y la entrega de esta plaza militar a los realistas, ejercía allí el cargo de gobernador el brigadier don José Ramón Rodil, cuya crueldad ha escrito uno de los capítulos más sombríos en los anales militares de América, y quien se negó a hacer la entrega de la fortaleza al Ejército libertador, de conformidad con una de las cláusulas de la capitulación. Refiere la Gaceta de Lima del 1º de Enero de 1825 que habiendo llegado a esta capital el teniente coronel español Gascón con las capitulaciones de Ayacucho y tratando de pasar al Callao para mostrarlas a Rodil, fué detenido en los primeros puestos avanzados de los sitiados, que tenían orden de no admitir ningún parlamentario.

En este trance, el Libertador ocurrió a la mediación del comandante de las fuerzas navales británicas a la sazón en aguas del departamento de Lima y se dirigieron a bordo del "Cambridge" el comisiado Gascón y un jefe patriota enviado por Bolívar; salió el navío de Chorrillos para el Callao, fondeando fuera del alcance de la artillería de la plaza y se despachó una nota oficial a Rodil, quien se negó terminantemente a recibirla. Indignado Bolívar, dictó el siguiente decreto poniendo fuera de la ley a los defensores del Callao:

"Simón Bolívar, Libertador, Presidente de la República de Colombia y encargado del Poder Dictatorial de la del Perú, etc.

"Considerando:

"1º—Que la capitulación celebrada entre el General en

Jefe del Ejército Unido Libertador y el general Canterac, comandante del Ejército Real, comprende la rendición de las fortalezas del Callao.

“2º—Que este tratado fué propuesto, convenido y firmado por el general español en quien recayó legítimamente el mando superior de los puntos ocupados por las tropas reales, respecto de haber sido prisionero el Virrey D. José de La Serna.

“3º—Que el comandante de la plaza del Callao depende de la autoridad del Virrey, como que por él fué encargado de este mandato.

“4º—Que dicho comandante se ha negado a recibir al comisionado, terminantemente autorizado por su propio Gobierno, para intimarle el cumplimiento de la capitulación.


“5º—Que habiéndose obstinado el comandante en no oír ni tratar con los parlamentarios de la república se ha separado del Derecho de gentes.

“6º—Que en conformidad de estas razones, el comandante de la plaza del Callao es una autoridad absolutamente aislada, arbitraria y sin dependencia.

“He venido en decretar y decreto:

“1º—Los enemigos que ocupan la plaza del Callao serán considerados como separados de la Nación española y de cualquier otra.

“2º—Están, con respecto a la república, fuera del derecho de las naciones.

“3º—Los buques, sus capitanes, sobrecargos y propietarios, que de cualquier modo auxiliaren a la plaza del Callao, no serán admitidos en los puertos de la república. 

“4º—Todo el que por tierra auxiliare de cualquier modo la plaza del Callao, quedará sujeto a la pena capital.

“5º—Se exceptúan del artículo 2º todos los que, cum-

pliendo con su deber, como españoles capitulados, llenen de hecho el pacto a que legítimamente están sujetos.

“6º—Se pasará un traslado de este decreto a los comandantes de las fuerzas neutrales estacionadas en el Pacífico.

Imprímase, publíquese y circúlese.—Dado en el Palacio Dictatorial de Lima, a 2 de Enero de 1825, 4º de la República.—SIMÓN BOLÍVAR.—Por orden de S. E.—*José Sánchez Carrión*”.

Fué, pues, necesario estrechar el cerco por mar y tierra, quedando a cargo de las operaciones del sitio el general colombiano don Bartolomé Salom.

Rodil resistió trece meses y espanta la narración de lo que ocurrió allí; baste saber que las balas patriotas, las enfermedades, especialmente el escorbuto, y el hambre, pues los sitiados llegaron hasta comerse el corraje de las fornituras, causaron más de 5,000 víctimas, inclusive muchas personas de distinción; ejemplo de crueldad sin igual en la historia, desde que la plaza no tenía ni el menor asomo de esperanza de auxilio. El 22 de Enero de 1826 terminó aquella hecatombe con la rendición de la fortaleza.

Ayacucho en España

La noticia de la destrucción del Ejército realista y la consiguiente capitulación de Ayacucho, causó profunda sensación y descontento en los círculos políticos y militares de España; sin detenerse a analizar las causas que habían dado lugar a la derrota, entre ellas la falta de auxilio de la Península a los ejércitos que combatían en Sud América, a pesar de las constantes exigencias del representante de la Corona en el Perú, los vencidos fueron duramente censurados; se les vedó, en su mayor parte, el acceso a los puestos públicos, se publicaron folletos acusándolos de responsables del desastre

por incuria o por incompetencia y se les infamó dándoles el despectivo apodo de *ayacuchos*, sin que bastara a borrar la mala atmósfera formada al rededor de ellos las exposiciones, rectificaciones, abundante correspondencia y documentación de los jefes inculpados para vindicarse. Para cerrar este ya largo artículo, reproducimos a continuación el oficio que el teniente general Canterac, muerto trágicamente en un motín en Madrid, dirigió al Ministerio de la Guerra de España desde Río de Janeiro, dándole cuenta de los sucesos ocurridos en el Perú. Tiempo es ya para escribir la historia de la guerra de la independencia de nuestro país, consultar otras fuentes de informaciones realistas fuera de las manoseadas obras de García Camba y Torrente.

“Excmo. Señor: Herido y prisionero el señor Virrey La Serna en la desgraciada y sangrienta batalla del 9 de Diciembre del año próximo pasado, recayó en mí el mando, que en aquellos instantes aciagos sólo pude emplear en reunir alguna tropa de caballería y ninguna de infantería, habiendo toda esta desaparecido por las razones que después indicaré a V. E. El enemigo nos seguía muy de cerca y en aquel momento uno de sus oficiales enviado por el general La Mar se adelantó ofreciéndonos entrar en capitulaciones. Perdidas todas nuestras armas, municiones de artillería y prisioneros casi todos los jefes y oficiales, particularmente de infantería, y en una situación en la que ya nada podíamos hacer en el Perú por la causa de S. M., reuní los generales y jefes cuyo parecer verá V. E. en el acta que en copia tengo el honor de acompañar bajo el número primero. Las razones en que fundaron su opinión, aunque bien patentes, voy a ampliarlas a la superioridad de V. E.

Después de la pérdida de la batalla, sólo a la fuerza pudimos reunir unos 200 soldados de caballería; de ellos ni 40 eran europeos. Una parte del ejército era de prisioneros que la ley imperiosa de la necesidad nos había obligado a poner en nuestras filas, a pesar de ser de bien poca confianza y la infantería no era ya la misma que en cuatro años se

había cubierto de gloria, pues las consecutivas victorias que han coronado las armas de S. M. nos costaron casi todos los soldados, cabos y sargentos europeos, los mejores subalternos y los soldados viejos y experimentados del país, por cuya razón los cuerpos no tenían la base suficiente y apenas fila exterior. La infantería, pues, era compuesta de soldados del país, que forzados militaban bajo nuestras banderas y a fin de que no desertasen, conducíamos siempre presos y solo se ponían en libertad en el momento de combatir; éstos aprovecharon los instantes de los primeros reveses para tirar sus fusiles y dispararse por barrancos y breñas, sin que los esfuerzos de los jefes y oficiales, contra quienes algunos hacían armas, bastasen para poder reunir ninguna tropa de esta arma. Los caballos de los soldados, extraordinariamente flacos y estropeados por las fatigas de los días anteriores, estaban imposibilitados de hacer marchas redobladas y es bien seguro que si los generales enemigos, como lo manifestaron después, hubiesen conocido nuestra ninguna aptitud, no hubieran ofrecido capitulaciones ni accedido a proposiciones hechas por todos nosotros, pero como las alturas que cubrían nuestra retaguardia no permitían al enemigo distinguir lo que había detrás de nuestra caballería, y que la misma escabrosidad del terreno le había impedido ver la dirección de nuestros disparos, creyó que muchos se nos habían reunido, y como aparentamos cuanto pudimos, pensaban que nuestras fuerzas no bajaban de unos 3,000 hombres. Se consideró al mismo tiempo que al saber la pérdida de la batalla, las provincias cuyo espíritu público conocíamos, se sublevarían y harían inverificable nuestra llegada aun al Apurímac, aserción que probó lo acaecido en los partidos de Anco y Andahuaylas, en los cuales los habitantes asesinaron o prendieron a muchos oficiales, que por la dirección que tomaron no se nos reunieron después del combate, escapando solo algunos por estar muy bien montados, y también la sublevación de parte de la provincia del Cuzco, la total de las de Puno y Arequipa, en donde se reconoció la independencian antes de la recepción de las capitulaciones; por tanto, era ya imposible poder contar con tan

tristes restos ni siquiera conducirlos sobre el Apurímac. Nulo se puede decir lo que se encontraba en las provincias de retaguardia, que se componían en el Cuzco de un depósito de reclutas; en Arequipa de unos cien negros del batallón del Real Felipe, que habían sido aumentados con reclutas; y unos 200 milicianos, enteramente bisonños y tan inútiles que se había creído perjudicial su incorporación en el ejército para las últimas operaciones. El enemigo que había marchado en varias direcciones después de la derrota, estaba también en aptitud de hacernos rendir a discreción; tales peligros, Excmo. Señor, suficientes para otros, no hubieran sido, sin embargo, bastantes a los impertérritos españoles defensores del Perú para entrar en capitulación, pero lo que convenció sobre todo para esto, fué el concebir fundadamente que el criminal Olañeta, en vez de reforzarnos y ser nuestro único apoyo en tropas y auxilios para ulteriores operaciones, era un contrario más terrible que los revolucionarios por la independencia, y por lo mismo nos hallábamos entre dos enemigos irresistibles. Este mal español, al concluirse la campaña que su inaudita inobediencia provocó, dijo terminantemente al despedir a los oficiales prisioneros que los que quedasen libres de Bolívar perecerían luego en sus manos. Los coroneles Lezama y Rivas y teniente coronel Auñón fueron pasados por las armas de orden del mismo, sin más delito que haber permanecido fieles a las legítimas autoridades. Tristán le ofició, cuando recayó en él el mando del virreinato y no recibió contestación: estos datos, unidos a los que habrá expuesto a S. M. el señor La Serna y cuanto oficié siendo general en jefe del Ejército del Norte al delincuente Olañeta para atraerle al orden, son una prueba muy convincente de que este hombre ha causado o adelantado la pérdida del Perú. En las insignificantes reliquias que nos quedaban, apenas habían 40 soldados europeos, aislados éstos en un inmenso territorio, en el cual sólo las victorias conseguidas durante cuatro años por las armas de S. M. habían podido conservar un pequeño resto de opinión en favor del Gobierno español, en el que únicamente se obedecía a la fuerza, y en el que, aun en tiempos propicios, sólo con ella se sa-

caban reclutas, dinero y víveres. Nada nos quedaba que intentar, imposible era ya poder prolongar por más tiempo la defensa de aquel territorio y sólo debió pensarse en salvar nuestra escuadra, cuya pérdida parecía inevitable, como lo demostraré más adelante; y también exigía la prudencia aminorar los males en que iban a ser envueltos tantos comprometidos de ambos hemisferios por nuestra causa en aquel Virreinato; y lo más interesante era salvar las personas y propiedades de los europeos y americanos de esta condición, pues como el enemigo continuase sus marchas sin oposición, hubiera causado discrecionalmente la ruina de tantos hombres de bien. Los artículos 2º, 4º, 6º, 7º, 8º y 10º de la Capitulación que acompaño número 2, han tenido tan justo objeto, sobre ella haré ahora a V. E. algunas explicaciones, y hubiera sido horroroso obligarlos a expatriarse y separarse de sus familias, pues si algún artículo de la Capitulación no los ponía expresamente a cubierto, no les quedaba otro recurso que abandonar un país donde siempre habrían sido tratados como enemigos, en el cual existía una grande diferencia entre ellos y los europeos. En los artículos 3º y 9º de la misma se tuvo presente que si se embarcaban para la Península un gran número de oficiales americanos que teníamos y que sólo las circunstancias nos habían obligado a crear y adelantar en la carrera, sería recargar el Erario sin provecho alguno para los Ejércitos de S. M.

Al mismo tiempo la fidelidad y valor con que habían defendido la causa del soberano los hacía acreedores a no ser abandonados a la indigencia; que sobre todo convenía dejar entre las tropas del Perú algunos jefes y oficiales que en caso de determinar S. M. la reconquista de dicho país pudiesen atraer a nuestras armas las suyas; así lo acordé con varios oficiales que han seguido aquella suerte. Las mismas razones me impelieron para los demás empleados, y si llega algún día este caso, me lisonjeo que se conocerá el buen resultado de esta medida. En la conferencia con los enemigos exigieron éstos por primera base la entrega de la plaza del Callao, y como era un punto insignificante, no teniendo ejer-

cito con qué poderlo defender ni crearlo por las razones vertidas en el acta, en disposición de poder prolongar su defensa de un modo que pudiese traer ventajas, se accedió al artículo 11.

La ocupación de Lima y de toda la costa por el enemigo, que no podía evitarse, privaba absolutamente a nuestra Escuadra de poderse proveer de los víveres necesarios para poder salir del Mar del Sur; era preciso que, en virtud de un artículo, pudiese verificarlo: como la esperanza de salvarla había tenido mayor parte en la determinación de capitular, este objeto quedó logrado en los artículos 13 y 14, pues si no tuvo necesidad de su ejecución se debió sólo a la casualidad de haber encontrado un buque cargado de víveres que de Arequipa se había expedido para el Callao por el Gobernador Intendente de aquella provincia, y del cual se apoderó, circunstancia ignorada en el Ejército; además como en los encuentros del navío "Asia" y demás buques con la "Prueba" y escuadrilla peruana la victoria fué muy lejos de pronunciarse en nuestro favor, había lugar de temer que reunidas las fuerzas navales peruanas a las chilenas (mucho más considerables) pudiese nuestra marina en el Mar del Sur ser aniquilada.

Estas ventajas reconocidas y únicas que podían esperarse en una situación tan adversa, se obtuvieron con la rendición de 200 hombres envueltos, que no podían dejar de caer en manos de los enemigos pocas horas después, y de los cuales apenas 40 eran europeos.

Este ha sido el resultado del Perú, Excelentísimo señor, después de los extraordinarios sacrificios que con tanta constancia y heroísmo hicieron en su defensa las tropas españolas, superando fatigas indefinibles que exceden a toda comparación y que no puede conocer el que no las haya sufrido. Espartano en todo, este Ejército desde el año 1821, estaba a ejemplo del señor Virrey, reducido a una escasa parte de su paga; el vestuario del soldado se buscaba y tejía por la misma tropa del modo más económico; y el ali-

mento, a pesar de parco, tenía que buscarse a grandes distancias y sacarse de entre los enemigos. Como la opinión por la independencia estaba ya tan generalizada, puede decirse que los principales que sosteníamos la guerra, estábamos siempre rodeados de puñales agitados por manos invisibles, que a cada momento amenazaban nuestra existencia; varias revoluciones promovidas por jefes y oficiales que parecían de nuestra confianza, y felizmente por nuestra perspicacia descubiertas, acreditan esta verdad. No alcanza el papel ni la imaginación a describir debidamente las diferentes clases de sacrificios que han hecho nuestras tropas en la lucha tan terrible bajo todos aspectos. Lo acaecido en otros puntos de América más poblados y cercanos a la Península y que han recibido otros socorros que el Perú, hará justicia sobre este extremo; para mí y demás individuos del Ejército del Perú, ha sido muy sensible el último desastre que allí han sufrido nuestras armas, y en el que han perecido con mucho honor tantos valientes de todos grados. Pero Sr. Excmo. podemos decir sinceramente que tiempo hace creímos sucumbir y que sólo el estímulo y esfuerzo de españoles nos han granjeado victorias inesperadas en un orden natural. Creo que tanto yo como los demás que hemos compuesto dicho Ejército, hemos correspondido en los casos prósperos y adversos a la confianza de S. M.; satisfacción que nos lisonjea tan extraordinariamente, que la miramos como el mayor premio de tan singulares servicios. Ruego a V. E. tenga a bien poner en noticia del Rey N. S. cuanto expongo, suplicando al propio tiempo a S. M. se digne ordenarme lo que fuere del soberano agrado y concederme la gracia de pasar a besar su Real mano desde Burdeos, para donde me embarco en estos días. Dios guarde a V. E. muchos años.—Rio Janeiro 1º de Abril de 1825.—JOSÉ CANTERAC.

Tal es, a grandes rasgos, la historia de la campaña de 1824, que culminó con la gloriosa batalla de Ayacucho el 9 de Diciembre del año indicado, que el Perú y la América toda conmemoran hoy de una manera digna.

Lima, 9 de Diciembre de 1924.

Carlos A. Romero
